La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 16 DE NOVIEMBRE DE 1891 — NÚM. 516



LOS JUGADORES, cuadro de Fortuny

SUMARIO

EL DIOS ÉXITO

¿Hay algún dios en el Olimpo pagano que se llame el *dios Exito?*

Yo creo que no, y fué soberana injusticia no reconocer su existencia y darle el puesto que en buena ley le corresponde. Mancha y olvido que pesarán eternamente sobre toda aquella civilización.

Luego, los clásicos nos ponen en las nubes el espíritu artístico, filosófico, simbólico, poético, humano y divino de la raza helénica, y nos abruman con la superioridad de aquellas edades en que sobre el fondo azul del cielo se destacan el triángulo del frontón, la estatua de mármol y el poeta ocupado en empalmar hexámetros.

Sí: la imaginación de aquellos pobladores de la península helénica é islas adyacentes no fué mala, y aun en ocasiones demostró ser bastante buena. No lo niego: Homero, Hesiodo, Píndaro, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Pitágoras, Platón y Aristóteles no hacen mal papel cada uno en su clase. Y de sus arquitectos, pintores, escultores y músicos puede decirse que hicieron cosas muy aceptables.

Pero con todo esto, no inventaron lo que nosotros, los de la decadencia, los incorrectos, los de mal gusto, los ramplones, hemos inventado: el *dios Exito.*

Y si no, veamos: que busquen por todos los rincones, escondrijos y empolvadas buhardillas del Olimpo, á ver si encuentran entre las viejas y mutiladas estatuas de sus dioses, siquiera una extremidad, una desconchada cadera, un pedazo de cráneo al menos del *dios Exito.*

No lo encontrarán: este dios nos pertenece.

Es decir, existir, existió siempre; pero los griegos y los latinos fueron tan cándidos, tan inocentones, tan ciegos, tan pobres gentes que no dieron con *él.* Con *El* hemos dado nosotros: la raza prosaica y materialista, la escarnecida y malamente escarnecida por cualquier pobre diablo que sepa el alfabeto griego y pueda traducir la primera égloga de Virgilio con traducción interlineal en francés.

Los griegos inventaron un dios para el cielo azul, la nube tempestuosa y el anguloso rayo. ¡Vaya una gracia! Eso cualquiera lo inventa.

Inventaron otro con su ridículo tridente á manera de épico tenedor para el mar anchuroso y salobre y para sus olas risueñas ó tempestuosas; invento que hoy no obtendría privilegio en ninguna nación, ni siquiera en la Gran Bretaña.

Forjaron en los talleres de su fantasía otro dios más para los vientos de todos los cuadrantes, encerrándolos en pellejos, ni mas ni menos que hoy se encierra el aceite ó el vino peleón; invención que por más que me esfuerzo por encontrarla grandiosa, pulcra, clásica y respetable, me parece soberanamente ramplona y mezquina cuando no ridícula.

No hubo fuente, río, riachuelo, bosque, gruta, árbol, flor ó pedrusco al cual no aplicasen un dios de mayor ó menor cuantía, ó un ser más ó menos divino, gracias á estar próxima ó remotamente emparentado con las deidades superiores.

Náyades, sátiros y ninfas andaban por bosques, selvas, márgenes de ríos y recodos de arroyuelos dando tales escándalos, que ninguna doncella honesta ni persona alguna de respeto podía dar un paseo por las verdes enramadas ó los alegres sotos sin grave daño de su honestidad ó de su decoro.

Muchas diosas, muchos dioses, mucha corte celestial y ni el más modesto rinconcillo para el dios más poderoso, el sublime, inmenso, potente entre los potentes, y sobre todos, Júpiter inclusive, vencedor y dueño absoluto: el *dios Exito.*

¡Ni un altar, ni un templo, ni una piedra votiva! ¡Ni un himno, ni una estrofa, ni tres notas siquiera en una flauta de caña! ¡Como si no existiese!

Y eso que hasta el mismo *Destino* le acataba en secreto y solía someter á él previamente sus fallos inapelables.

Ha sido preciso que se apolillase el paganismo; que el cristianismo triunfara; que *los bárbaros* hicieran de las suyas desde el mar Báltico al Meditarráneo; que los árabes vinieran y que se fuesen los árabes con sus alquiceles y su música á otra parte; que la Europa en masa se dedicara todos los siglos de la Edad media á machacarse los huesos de día y á rezar de noche; que el renacimiento en honor de tan alegre renacer bebiese en todas las copas, acariciase todas las carnes y todos los desnudos; que la reforma y la filosofía y la ciencia y la revolución se desataran por el mundo; ha sido necesario todo esto para que de entre los nubarrones del nuevo caos y de entre los resplandores de la nueva civilización brotase majestuoso el nuevo dios del siglo diez y nueve, *el dios Exito.*

¿De qué color es? De ninguno: no tiene color: ni siquiera conoce el sonrosado de la vergüenza, porque no la tiene.

¿Cuál es su forma? ¡Forma! ¿Para qué la necesita? Esto de que las cosas han de tener forma son antiguallas aristotélicas. Es decir, ¿que cuanto existe ha de existir con materia y forma?

¡Tiranía insoportable! En último resultado la forma no sirve sino para ofrecer un vocablo más á los puristas y para que todos los que alardean de manejar bien el castellano nos estén á cada paso *informando.*

No, el *dios Exito* no tiene *forma:* tenerla le rebajaría.

Es incoloro y es informe; y careciendo de forma carece de cuerpo; y si no tiene cuerpo, claro es que no tiene ni pies ni cabeza.

Tener cabeza es una ruindad de la raza humana, que no pudiendo conseguir perfecciones mayores se procura una última vértebra, como cualquier otro vertebrado; y es además un gran peligro, porque el que tiene cabeza puede perderla, y el que no la tiene está siempre firme. Y es que el hombre para hacer las cosas siquiera medianamente necesita discurrir mucho, y en cambio el dios de nuestra adoración no desciende á esas mezquindades del pensamiento y no discurre jamás.

Le basta decir *yo soy quien soy:* yo soy *el Exito*, y ya está todo el mundo vencido, humillado, la faz contra el suelo y los cuatro remos en competencia con los de cualquier cuadrúpedo. ¿Quién contó nunca con más cortesanos que este supremo árbitro de toda realidad?

¡Y luego, qué imparcialidad la suya! Nunca se ocupa de lo que ha de ser: ni se inclina á nadie ni tiene favoritos: toma las cosas como resultan ¿Triunfó usted? Pues no me meto en más averiguaciones: soy el *dios Exito* y es usted uno de los míos. ¿Le aplastaron á usted? Pues paciencia: tengo que separarme de su lado: la sombra me hace daño, y usted tiene mala sombra.

En todo caso le mandaré á usted para que le consuelen dos hermanitas gemelas muy simpáticas aunque muy desacreditadas: *la resignación* y *la esperanza.*

Hemos dicho que en los tiempos gentílicos el *dios Exito* no tuvo templos, al menos templos visibles; en cambio hoy los tiene en todas partes, con su culto, su dogma, sus símbolos profundamente filosóficos, su minuciosa liturgia, sus altares, lámparas é incensarios. Pero materia es esta muy extensa y muy honda: hagamos punto.

JOSÉ ECHEGARAY

LA VIRGEN DE LA LECHE

TRADICIÓN ARTÍSTICA

Carísimo lector: Si eres artista, ó simple *amateur* en busca de gratas emociones, y tu amiga estrella te conduce á gozar el límpido cielo y el aromoso ambiente de Valencia, no te empereces oyendo el blanco arrullo del Guadalaviar á la sombra de sus floridos naranjales, penetra en la morisca ciudad y dirígete como puedas á la iglesia de San Andrés. Ya en ella no trates de investigar si bajo aquellas profanaciones artísticas del siglo XVII existe aún algún vestigio de la antigua mezquita que, por orden del rey conquistador, bendijo el arzobispo de Narbona, y haz que el sacristán, ó algún devoto á diario, te diga dónde se encuentra la *Virgen de la Leche.*

La luz que penetra en el templo, aun cuando no mucha, es suficiente para que se pueda admirar aquella prodigiosa creación. Las figuras son de medio cuerpo. María da el pecho á su Divino Hijo, San Juan y San Jerónimo presencian la íntima y cariñosa escena. Inspirada composición, correcto dibujo y limpio, vigoroso colorido avaloran y enriquecen aquella inapreciable joya de la escuela valenciana. No cabe más púdica belleza ni mayor ternura en el semblante de la Virgen, más gracia angélica en Jesús ni más respetuosa complacencia en los santos espectadores. Bien ha dicho un escritor regional hablando de esta admirable obra: que «Rafael y Leonardo de Vinci, uniendo en un solo cuadro sus cualidades predominantes, no hubieran hecho cosa mejor;» bien ha dicho, y sin embargo, ¿qué hay en este cuadro ajeno, al parecer, del pincel del gran maestro, del espiritualista pintor de las *Concepciones* y de los *Salvadores*, del piadoso y místico Johán de Johanes? ¿Por qué al contemplar aquella dulcísima cabeza que se inclina buscando la mirada de su hijo, nuestro espíritu no se sublima en éxtasis religioso en vez de conmoverse suavemente al reflejo de la belleza y de la ternura de María?

No es difícil comprenderlo.

La *Virgen de la Leche* es el tipo completo, acabado de la pureza, de la gracia y del amor, tal como puede encontrarse en la tierra, pero no ofrece el ideal místico que Johanes ha sabido imprimir á todas sus obras. Esta *rafaelea*, y perdone la Academia el verbo, pero le falta el sello sobrenatural que caracteriza la personalidad del pintor valenciano. La *Virgen de la Leche* es una mujer pura, inmaculada, pero mujer; su hermosura es la hermosura humana.

Si esto es exacto, y vaya si lo es, ¿qué significa esta visible inconsecuencia del gran artista? ¿Será tal vez que el honrado, el piadoso Johán de Johanes, siguiendo el indecoroso ejemplo de Urbino, de Andrea del Sarto y de tantos otros, ha querido imponer á la pública adoración el objeto de un criminal ó misterioso afecto? ¿Se compagina esta aventurada suposición con la virginal inocencia de la Virgen? ¿Ha existido el original de aquella pudorosa perfección? Nadie lo sabe, nadie comprende el caso; pero existe entre pintores y aficionados una sencilla tradición que pretende explicar el hecho. Alguna vez, al nombrar á Johanes, la hemos oído referir como uno de tantos chismes con que en los estudios se aligeran las horas de trabajo, y vamos á transcribirla, si bien pulida y aderezada, como es de razón en semejantes casos.

***

Érase una mañana de mayo de 1570, antevíspera de la fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados, y Valencia se preparaba á celebrar con bullicioso regocijo la próxima solemnidad de su santa patrona. Todo era, pues, alborozo en la ciudad, excepto en una antigua casa de la calle Baja del Alfondech, donde vivía maese Johán de Johanes.

En el anchuroso estudio del pintor reinaban extraña soledad é inusitado silencio. Espesos y anchos cortinajes impedían que la luz y la brisa del mar, impregnada con el aroma de los claveles y los jazmines del cercano huerto, penetrasen por las anchas ventanas ojivales y mantenían el aposento en una semiobscuridad que convidaba á la meditación ó al sueño. Lejos de éste y entregado profundamente á aquélla se hallaba el gran maestro, tendido más que sentado en su ancho sitial de cuero. Con la frente pálida y la cabeza caída sobre el pecho, hubiera parecido indiferente á todo si de tanto en tanto al rumor de pasos en la calle ó del mover de algún mueble en el vecino aposento no abriera los ojos, murmurando incomprensibles palabras. Por fin alguien penetró en el zaguán, subió la escalera y cruzó la antesala. No esperó Johanes que se presentara el desconocido, y abriendo la puerta del estudio le preguntó con impaciencia:

- ¿Le has visto?

Era el recién llegado un hombre, como se suele decir, en la madurez de la edad, alto, lleno y de reposada fisonomía. Algunas indiscretas canas plateaban entre sus obscuros cabellos. Vestía modestamente y con holgura, pero sin que aquellas condiciones de su jubón y de su ferreruelo ocultasen las buenas proporciones de sus vigorosos miembros. Llamábase Nicolás Borrás; era el mejor, el más querido discípulo de Johanes, y aun se murmuraba que, á pesar de sus cuarenta y cinco años, no tardaría en llamarse hijo suyo.

- Le he visto, contestó Borrás sin apresuramiento, y con hartas dificultades por vida mía.

—¿Y qué?, volvió á preguntar con alguna viveza el artista.

—Cálmese vuesa mercé, que en Dios y en mi ánima no semeja resignación cristiana la impaciencia con que me interroga. Su Ilustrísima, consérvele Dios muchos años, me oyó bondadosamente, y con aquella plácida serenidad que le es tan propia me dijo: «Tu maestro me ofreció dar por acabada la imagen para la víspera de Nuestra Señora de los Desamparados y yo no entiendo ni quiero librarle del compromiso, pues de harto tiempo ha dispuesto para cumplirle. Mañana, tal como se halle la pintura será entregada á las buenas madres Claras de Jerusalén, á fe de este indigno arzobispo Johán de Ribera.» y dándome á besar su anillo pastoral me indicó levantándose que había terminado su audiencia.

—¡Virgen Santísima!, exclamó Johanes con abatimiento.

—¡Bah, bah!, le dijo Nicolás, no hay que abatirse; tome su mercé los pinceles, y puesto que sólo falta la cabeza de la Virgen, ánimo, y cumpla lo ofrecido.

Johanes buscó en el pecho, bajo el jubón, su rosario de ámbar, que siempre le acompañaba, y besando afectuosamente la cruz contestó á Nicolás con acento tembloroso:

—¡Imposible! Desde que en menguada hora y... ¡descuido y arrogancia imperdonables! sin prepararme espiritualmente, según mi costumbre, empecé esa desdichada tabla, que no acierto á fijar el divino rostro de María. Esperando vencer lo que yo llamaba mi torpeza, lo he pintado todo, excepto ese semblante, pero inútilmente. Cuando quiero intentarlo mis ojos se obscurecen, los colores se confunden en mi paleta y mis vacilantes manos apenas pueden sostener los pinceles. Estoy perdido, ya no siento la intuición de la mística idealidad. ¡Miserable de mí!

En este momento, sin la profunda emoción que embargaba á Johanes y á su discípulo, hubieran éstos podido advertir las suaves ondulaciones que estremecían los paños de la antepuerta de la cámara vecina, denunciando tras ellos la presencia de alguien á quien sin duda interesaba conocer las circunstancias de aquella escena.

—Perdonad, maestro, se atrevió á decir Nicolás después de algunos instantes de silencio, pero esa pasajera perturbación del espíritu...

—Calla, le interrumpió Johanes, lo que tú llamas perturbación es un castigo del cielo, quizás muy merecido. ¿Sabes tú, prosiguió con profunda y exaltada humildad, si el constante elogio de mis obras no me ha infundido la inconsciente soberbia de creer que de mí solo se dignaba la divinidad dejarse penetrar y reproducir? ¿Puedo yo jurar que nunca ha relampagueado en mí la impía idea de que Dios se complacía en la perfección de mis obras? He pecado. ¡Madre mía, misericordia!

Y Johanes cruzando las manos alzó los ojos á una imagen de Nuestra Señora de los Desamparados suspendida entre los dos ventanales. Nicolás, para sustraerse algún tanto á la preocupación que contra su voluntad empezaba á dominarle también, descorrió uno de los cortinajes dejando penetrar la luz que inundó á raudales el estudio. A su claridad pareció destacarse del fondo del aposento la composición luminosa de la *Virgen de la Leche*. La obra se hallaba casi concluída, excepto el rostro de María, en vez del cual aparecía un óvalo rojizo. Nicolás contempló algunos momentos el inspirado y primoroso trabajo del maestro. Sus ojos corrieron de los risueños semblantes de San Juan y San Jerónimo al angelical del Niño-Dios y murmuró:



ENSUEÑO, escultura de Mad. Elisa Bloch
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

—¡Divino, divino! ¡Dios de bondad! ¿Y no ha de terminarse este prodigio?

Y luego dirigiéndose á Johanes le dijo:

—Es preciso terminar esa obra.

—Termínela quien guste, respondió Johanes con sombría resolución, yo renuncio á ello. Es mi castigo y lo acepto. Me es además imposible.

—Pero, insistió Borrás, tenéis hijos... discípulos... algunas veces os han ayudado en vuestras obras...

—Ayudado sí, pero nunca les he cedido el corazón de mis cuadros. Por otra parte Juan, Vicente y Margarita se hallan bien lejos con mi buena Jerónima, y Dorotea sólo sueña con sus sayas y sus lechuguillas. Allí está, añadió Johanes moviendo tristemente la cabeza y señalando la antepuerta que en aquel momento parecía inmóvil; allí está, tendida por la fiebre en su lecho, y sin embargo, estoy seguro que ninguna idea razonable cruza por aquella fantástica cabeza. ¡Si ella quisiera!... Tú no la conoces.

—¿No la conozco?, replicó Nicolás con marcada expresión de ironía. ¿Que no conozco esa cabecita de pájaro en cuerpo de mujer? ¡Desdichado el hombre que la lleve al altar si no le es en todo superior!

La antepuerta onduló como si se estremeciera nerviosamente. Nicolás sin advertirlo continuó diciendo:

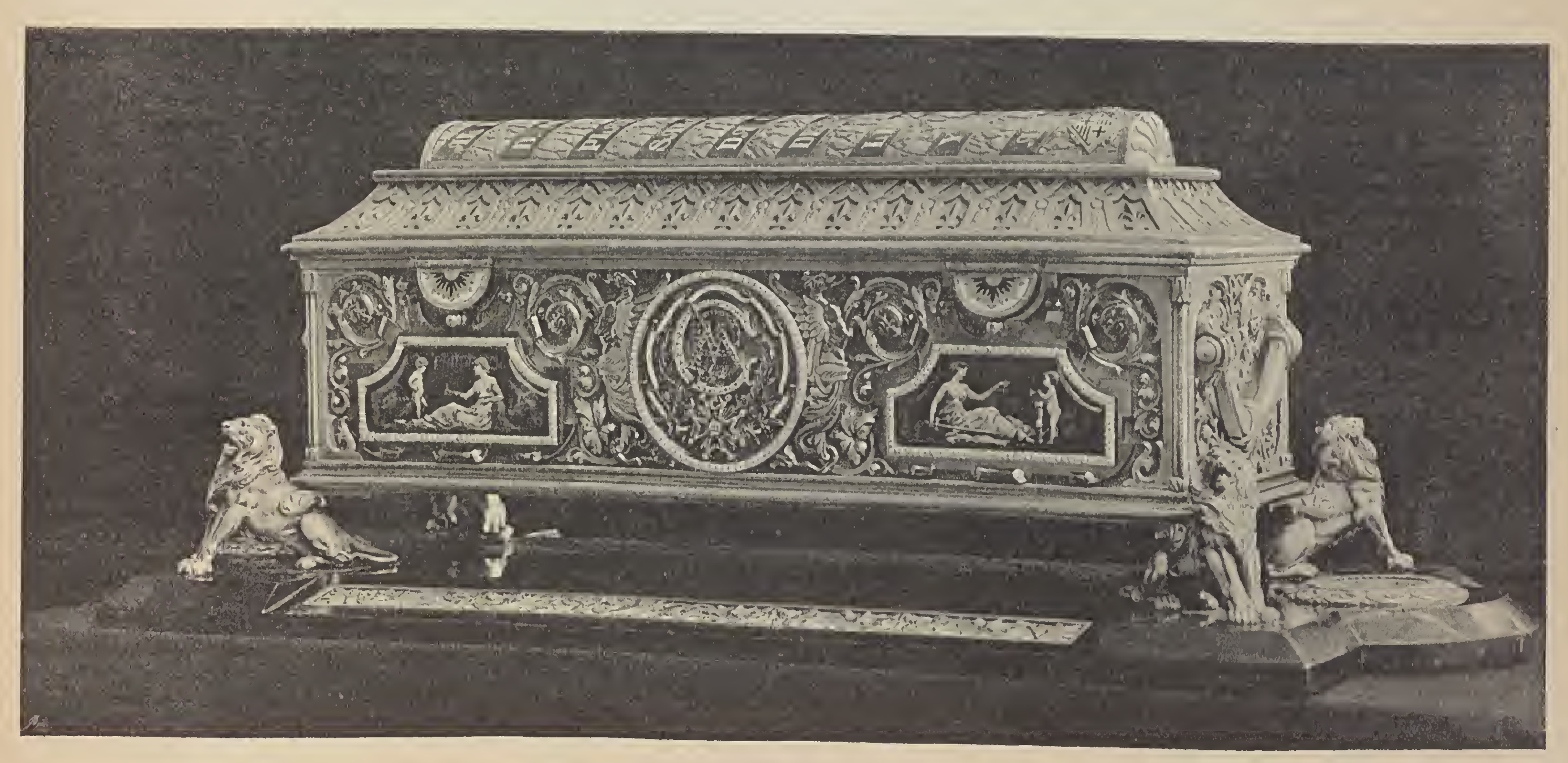
—Pero si vuestros hijos no os pueden salvar, tenéis discípulos...

—¡Discípulos!, exclamó Johanes con desaliento. Tú, que eres el primero, el más antiguo y el mejor, ¿te atreverías á concluir esa tabla?

Nicolás vacilaba en responder, suspenso entre la magnitud de la empresa y el deseo de medir su valer.

—Nicolás, *hijo mío*, prosiguió el maestro acentuando esta última frase, si lo consigues sin desdoro mío, ¡perdona mi simpleza, Dios de bondad!; si lo consigues, pídeme cuanto desees, que tuyo será por la eterna salud de mi alma.

—Maestro, respondió Nicolás aturdido por la alegría y halagado en su amor propio, la recompensa que su mercé me ofrece es capaz de hacerme subir al séptimo cielo. Voy á intentarlo.



ARQUILLA DE ORO Y PLATA CINCELADA, construída por los Sres. Masriera Hermanos, de Barcelona

—Sea. Que Dios te ayude. Iré á pedírselo en mi oratorio.

Y Johanes salió lentamente del estudio.

* * *

El buen Nicolás, á quien un poco de vanidad y algunas lisonjeras esperanzas habían arrastrado á aquel tremendo compromiso, apenas se halló solo ante la obra incompleta del maestro de la escuela valenciana y contemplando de nuevo sus bellezas una por una, sintió desvanecerse toda su audacia. Frío sudor inundó su rostro y temió que el vértigo invadiera su cerebro. Con desmayada mano empuñó los pinceles y embrazó la paleta acercándose á la tabla; pero apenas hubo fijado el tiento, el óvalo rojo que aún sustituía al futuro rostro de María pareció agrandarse, agrandarse, agitándose en oleadas de sangre, y el pobre artista, espantado y desvanecido, retrocedió hasta caer en el sitial que había ocupado su maestro.

Poco á poco fué calmándose aquella infundada agitación. Brotó de nuevo la risueña esperanza que antes le había alentado, y diciéndose en voz baja: «¡Valor, Nicolás, ahí te espera la fama y la dicha!,» se lanzó pincel en mano á la tabla con el empuje ciego con que se hubiera arrojado al asalto de una fortaleza. Levantó el pincel...

Una mano ligera y nerviosa le detuvo por el brazo, mientras una voz de mujer, entre desdeñosa é irritada, le decía:

—Espera. ¿Estás loco?

Y Dorotea, la hija mayor de Johán de Johanes, apenas arrebujada en las ricas coberturas de su lecho, descolorida, pero singularmente hermosa, encendidos los labios, resplandecientes los ojos, revueltas las doradas trenzas y levantadas al cielo sus blancas manos parecía imprecar el castigo del temerario. Nicolás, confuso, temeroso, retrocedía lentamente mientras la joven proseguía con la exaltación de la calentura:

—¿Qué te va en nuestro honor, en el honor de los Johanes? Si mis hermanos están lejos, ¿qué importa? Aquí estoy yo con mi cabeza de pájaro y mi aliento de gigante. ¿Te sonríes? ¡Pobre Nicolás! ¿Es que aún no has comprendido que la rapidez de mis impresiones, la loca actividad de mi fantasía, la inquietud que me devora, la aspiración incomprensible que me enloquece, no son más que los signos del fuego que mi padre me dió al darme la vida? ¿No adivinas que la fiebre que me consume es la fiebre de un alma á quien encadenan la vulgaridad y las preocupaciones de los hombres? ¡Pero basta, voy á ser libre!



LA PORCIÚNCULA, pintura de Ferrant y Domínguez, en la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid.

—¿Tú, Dorotea?, se atrevió á decir Nicolás como compadeciendo su extravío.

—Sí, yo, que con el lento pero inquebrantable afán del avaro he recogido átomo por átomo el oro del arte que mi padre, creyéndome incapaz de estimarle, derramaba á manos llenas sobre mis afortunados hermanos y sobre vosotros sus dicípulos. Yo, que sintiéndome ya rica y fuerte te digo á ti, Nicolás, á ti, el primero entre los primeros: ¡Atrás, paso, voy á terminar la obra de mi padre!

—¡Tú, Dorotea!, repitió Nicolás con reconcentrado enojo.

—¡Sí, yo, Dorotea!, afirmó la joven con imperiosa altivez; yo, á quien tú has despreciado sin piedad ante su padre; yo, que durante largos años, sábelo ya, he pagado tus lecciones y tus consejos con la esperanza de un imposible amor; yo, que amo sólo y para siempre al hijo de Dios, al arte.

Nicolás palideció, dos lágrimas de despecho temblaron en el borde de sus párpados. Dorotea, apoderándose de los pinceles y la paleta, se acercó con resolución á la tabla.

—¡Infeliz!, la gritó el pintor con verdadera indignación. ¡Detente!

—No; siento en mí el genio de Johán de Johanes y basta con su genio para pintar la belleza humana, el amor de la madre, la primera, la más grande de las bellezas de nuestra alma.

Dorotea se envolvió púdicamente en el rico y amplio tejido que la cubría, se colocó frente á la imagen, y después de implorar con una mirada el auxilio de Nuestra Señora de los Desamparados, comenzó con fácil y delicado pincel á llenar el rojizo óvalo que había aterrado á Nicolás. Un intenso carmín, el carmín de la fiebre, había sustituído la palidez mate de las mejillas de la joven, y á medida que su toque seguro y correcto iba engendrando la deliciosa cabeza de la *Virgen de la Leche*, su rostro se iluminaba con una claridad misteriosa y sobrehumana. Nicolás seguía con espantados ojos aquella incomprensible creación que poco á poco iba surgiendo como milagrosamente á través de la tabla y se sentía anonadado.

¿Cuánto tiempo transcurrió así? ¿Quién lo sabe?

Por fin Dorotea dió un último golpe, se levantó, y abrazando con una mirada su trabajo, exclamó:

– Esto es. Victoria. ¡Gracias, madre mía!

Nicolás cayó á sus pies murmurando:

– ¡El idealismo de la realidad! Perdóname, Dorotea, perdóname.

En este momento se abrió la puerta. Johán de Johanes se precipitó hacia la tabla, miró y con un grito arrancado del fondo del alma abrió los brazos á Dorotea, que desvanecida se dejó caer en ellos.

El cuadro llegó á su destino en el plazo concertado con el inflexible arzobispo. Un año después Nicolás profesaba en el convento de San Jerónimo de Cotalva, en Gandía, donde, bajo el nombre bien conocido de P. Borrás, asombró á sus contemporáneos con la fecundidad artística que demostró hasta los ochenta años de su edad. Sin embargo, sus obras no pueden compararse con las de los Johanes.

***

Sea de esto lo quiera, el cuadro en cuestión pintado para las religiosas de Jerusalén, y que Pons se lamentaba de no haber podido admirar, se vendió después de la guerra de la Independencia, para hacer algunas reparaciones, á don Jayme Roig, el cual, tras de haberle hecho restaurar á D. Vicente López y á ruegos de su esposa, lo cedió á San Andrés, colocándole en una de las capillas del lado del Evangelio en 1844.

Y con esto, *vale*, lector amigo.

A. DANVILA JALDERO

SECCIÓN AMERICANA

EL REY MIDAS

POR N. HAWTHORNE

Allá, en la más remota antigüedad, hubo un señor inmensamente rico, rey por añadidura, llamado Midas, y padre de la niña más preciosa de su siglo. Por una casualidad he sido la única persona que haya tenido noticia de tan hechicera criatura; pero no es menos cierto también que su lindísimo nombre se ha borrado de mi memoria. No obstante, como quiera que me hacen mucha gracia los nombres bonitos en las jóvenes que lo son, la llamaremos desde ahora indistintamente Mariquita ó la Niña de Oro.

Pues, como decía, su padre era riquísimo, y tan codicioso además, que adoraba al dinero sobre todas las cosas, y á su corona como á sí mismo, sólo por ser de oro. Pero si algo había en el mundo que contrabalancease en su alma la pasión al oro, era, sin duda, el cariño que tenía á la graciosa niña que jugaba en las gradas del trono. ¡Y cuanto más la quería, más sed se le despertaba de riquezas!

¡Insensato! Era de los que creen que la herencia más saneada que pueda legar un padre consiste en una gran cantidad de dinero. ¡Como si el dinero fuese lo único de que han menester las criaturas! Así lo pensaba él al menos, puesto que á este fin consagraba todo el tiempo que le dejaban libres las obligaciones de su ministerio; y llegaba á tal punto su avaricia, que si, al tender la vista al horizonte, veía ponerse el sol entre celajes de oro, exclamaba:

– ¡Quién pudiera cogeros, y convertidos en barras guardaros en el sótano de palacio!

Y si la niña le salía al encuentro con un ramito de manzanillas, al punto la decía:

– Quita allá; si fueran de oro, así como tienen su color, ya valdría la pena de cogerlas; pero siendo de lo que son... ¡quién les hace caso!

Pues este mismo rey, cuando muchacho, antes de estar poseído del demonio de la codicia, era un hombre franco y apasionado de las flores, tanto, que gastó un caudal en sembrar su jardín de las más bonitas, raras y fragantes, y en él se pasaba las horas enteras aspirando su aroma delicioso. Después, por el contrario, si las miraba, era sólo para calcular cuánto podrían valer sus pétalos si fueran de oro. También cuando joven fué muy dado á la música (mal que le pese al autor de cierta historia, en la cual se pretende probar que tenía orejas de borrico); pero á la sazón sólo le deleitaba el sonsonete de las monedas de oro.

En fin, Midas, y en esto se parecía á muchos hombres que cuantos más años cuentan más brutos son, á medida que fué entrando en años, fué perdiendo el sentido común, hasta el extremo de no poder soportar la vista ni el contacto de cosa que no fuese de oro. Por cuya razón había tomado la costumbre de pasar la mayor parte del día en un sótano donde guardaba sus riquezas, y cuando quería distraerse, allí se encerraba con la llave por dentro, y ya cogía un lingote, ya un talego y ya una lata llena de polvo de oro, y lo ponía á la luz del único rayo de sol que á fuerza de mucho trabajo penetraba en aquella mazmorra. ¿Y saben ustedes por qué buscaba aquel rayo de sol? Porque daba á su tesoro reflejos más puros y brillantes, y porque así le parecía de más precio. Luego vaciaba los escudos en el suelo y los contaba uno por uno; abría los cofres donde guardaba las pepitas y el polvo de oro, y metía los brazos hasta el codo, y los sacaba y los volvía á meter con el mismo gozo que un pato zambulle su cuello en el agua, y exclamaba:

¡Oh, Midas, qué feliz eres!

No obstante creerse tan feliz, Midas sentía un vacío en su corazón, porque mientras todo el universo no se convirtiera en almacén de sus riquezas, no estaría satisfecha su insaciable codicia.

Me parece inútil recordar á ustedes antes de pro-



LA PORCIÚNCULA, pintura de Domínguez, en la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid

seguir, que en los remotos tiempos del rey Midas pasaban muchos sucesos que nos parecerían increíbles si los viésemos; así como también es cierto que gran número de cosas de las que vemos y con las cuales estamos familiarizados, no las hubieran creído ni á tres tirones en la época del rey Midas.

Ahora bien: entregábase un día nuestro héroc á la contemplación de sus riquezas, cuando vió elevarse una sombra sobre la tapa de un cofre, y á medida que la fué bañando la luz, distinguió en clla las facciones de un joven desconocido, de noble aspecto y color rubio. Sería ilusión óptica, mas es lo cierto que Midas entrevió no sé qué de metálico en la sonrisa del extranjero; que á pesar de la interposición de su cuerpo entre la luz y los tesoros, éstos brillaron de una manera extraordinaria, iluminándose el sótano como por encanto, y que la causa de tan rara revolución eran los ojos del recién venido, que alumbraban como luceros.

Seguro el rey de haber cerrado con llave la puerta, y convencido de la imposibilidad de que nadie pudiera entrar en el sótano sino por la fuerza y haciendo ruido, dedujo necesariamente que su visita era la de un ser sobrenatural. Nada importa que yo calle el nombre de tan extraño personaje; baste saber que en aquellos tiempos primitivos se pensaba y se creía á puño cerrado que seres dotados de poder divino venían á la tierra de vez en cuando y pasaban en ella sus temporadas, mezclándose en los asuntos de los mortales y tomando una parte no pequeña en sus penas y alegrías. Así, pues, como un encuentro de esta naturaleza no era nuevo para el rey Midas, experimentó cierta satisfacción en hallarse á solas y cara á cara con un sujeto cuyos semejantes no le eran desconocidos.

Además, el joven en cuestión tenía un rostro tan franco y risueño, que hubiera sido de la mayor grosería tratarlo de malos modos; tanto más, cuanto que nada tenía de particular viniese para facilitarle alguna receta por cuyo medio pudicra convertir el barro, por ejemplo, en oro de buena ley.

Examinó el extranjero de una mirada el aposento, y después, fijándose en Midas, le dijo con la sonrisa en los labios:

– Eres rico, en verdad, y dudo mucho que haya otro rey más poderoso que tú.

– No me ha ido mal, respondió el avaro, encogiéndose de hombros; pero, al fin y al cabo, esto es el producto de cuarenta años de trabajos y afanes. ¡Ah!, exclamó dando un suspiro: si me fuera posible vivir diez veces más, ¡entonces sí que llegaría á ser rico!

– ¡Cómo! ¿No estás satisfecho todavía?

Midas movió tristemente la cabeza.

– ¿Qué necesitas, pues, para contentarte?

– Midas guardó silencio. Un vago presentimiento le decía que aquel extranjero de tan noble presencia, tan fino y tan amable, había venido á visitarlo con propósito deliberado de satisfacer sus deseos. Era, pues, la ocasión de pedir lo que tanto deseaba, fuese ó no posible. Con los ojos fijos en el suelo y un dedo puesto delante de la boca, en actitud pensativa, estaba S. M. amontonando de memoria quintales de metal precioso, cuando de repente se desarrugó su entrecejo, sonrieron sus fruncidos labios y brillaron sus ojos llenos de entusiasmo. Alzando antonces la frente miró á su interlocutor.

– Vamos, di lo que deseas.

– Sí, por cierto: estoy ya tan cansado de trabajar para reunir cantidades que después de todo no me satisfacen, que quisiera, para salir del paso, tener el don de hacer oro.

– El extranjero sonrió con alegría.

– ¡Gloria á ti, rey Midas, por haber concebido un pensamiento tan admirable! Pero ¿estás cierto de que sólo este poder te hará feliz?

– ¿Quién lo duda?

– ¿No te pesará nunca tenerlo?

– ¿Cómo es posible, si no pido más para considerarme el hombre más feliz de la tierra?

– Pues bien: hágase tu voluntad, le respondió el desconocido, saludándolo; mañana, al salir el sol, se te concederá la gracia que deseas.

Dicho lo cual desapareció, iluminando el sótano de tan vivos resplandores, que el rey tuvo que cerrar los ojos para no quedarse ciego. Al abrirlos de nuevo, sólo vió el rayo de sol que alumbraba los tesoros acumulados á costa de tantos afanes durante el curso de su existencia.

¿Durmió el rey Midas aquella noche con la tranquilidad de costumbre? La historia lo calla; pero tengo para mí que, despierto ó dormido, pasó la noche con la impaciencia y la inquietud de un chiquillo á quien se ha prometido regalar un juguete magnífico al día siguiente.

La hora del alba sería cuando despertó Midas y empezó á tocar todo lo que estaba al alcance de su mano, impaciente por saber si en efecto tenía ya el don de hacer oro. Pero ¡cuál no fué su sorpresa y pesadumbre al reparar que todo permanecía en su primero y natural estado! Y como la imaginación no puede nunca estarse quieta, le asaltó entonces el temor de que tal vez aquel radiante personaje le había jugado una mala pasada. De ser así, ¡qué desengaño tan cruel después de haberse mecido en la dulce esperanza de realizar por fin sus ambiciones! ¡Tener que contentarse con el oro que buenamente pudiese adquirir por los medios ordinarios, en vez de hacerlo á medida de su deseo, con sólo querer y tocar!

Bien hubiera podido el rey Midas ahorrarse tantas cavilaciones si se hubiese dado cuenta de que la dudosa luz que tímidamente penetraba por la rendija de su aposento era, no del sol, sino de

La aljofarada aurora
Que el cielo de oro y bermellón colora.

Dejó, pues, caer la cabeza, desalentado, sobre la almohada, y se quedó abstraído, dándole vueltas en su imaginación á la mala pasada que, á su entender, le había jugado el misterioso personaje, cuando de repente se entró por la ventana un rayo de sol. Parecióle al rey entonces que aquella luz producía en las blancas ropas de su cama extraños reflejos; y así era, en efecto, pues al mirarlas con más atención, ¡cuán grandes no fueron su sorpresa y su felicidad, viendo las sábanas de lienzo transformadas en paños de oro de singular hermosura!

El aparecido había cumplido su palabra.

Midas, loco de contento, saltó de la cama y fué de un lado á otro, manoseándolo todo y, como era natural, convirtiéndolo en metal precioso, sin que por eso perdiese la forma primitiva que tenía: las cortinas de damasco y las sábanas de lienzo, si bien se transformaban en cuanto á la calidad, quedaban tan flexibles y sutiles como habían sido siempre. Sí, ocurrió una cosa extraña, y fué que, al poner las manos en un libro, sus hojas perdieron el texto impreso tan luego como se trocaron en láminas de oro, de lo cual infiero que este metal está reñido con las letras.

Otro percance le pasó también con los anteojos, que si cabe, para un hombre como el rey Midas, era de peores consecuencias, pues se le volvieron de oro los cristales, dejándolo reducido de consiguiente á la situación más lastimosa en que puede verse un corto de vista.

Pero Midas se consoló al momento, diciendo para su capote: una majadería es no poder usar gafas cuando tanta falta me hacen; pero ¡qué diantre! para comer no las necesito, y luego para las demás cosas pronto será grande la niña y por sus ojos veré.

Ya ven ustedes cómo el que quiere consolarse se consuela, por grandes que sean sus aflicciones.

Pues, como iba diciendo, el rey Midas se había puesto tan contento que, no cabiendo de gozo en sus habitaciones, bajó en dos brincos al jardín, no sin convertir antes en oro de muy buena ley el pasamano de la escalera, ítem más el pestillo de la puerta por donde salió. Cuajado de rosas estaba todo, y su delicioso aroma embriagaba los sentidos; pero Midas, que ya maldito lo que entendía de ambiente perfumado ni de flores, les fué pasando á todas la mano y poniéndolas tan tiesas y relucientes como si fueran de talco. Mientras se divertía en esta operación lo llamaron para desayunarse, y acudió al comedor con las mejores disposiciones, reservando para luego el proseguir la comenzada tarea.

No sé de una manera positiva en qué consistía entonces el almuerzo de los grandes de la tierra, ni tampoco tengo ahora mucho tiempo disponible para profundizar esta materia; sin embargo, todo me induce á creer que la mesa de S M. estaría provista de buenas tortas, pescado frito, patatas asadas, huevos pasados agua y café con leche, lo cual me parece muy bastante y muy bueno para un monarca de siglos tan remotos.

Como la Niña no había ido todavía y Midas jamás comía sin ella, la hizo llamar al punto, y entretanto tocó algunos platos, el mantel y las servilletas para sorprenderla con sus metamorfosis.

En esto la oyó venir llorando por los corredores, cosa que le sorprendió en extremo, porque su hija era una de esas criaturas que en todo el año no vierten lágrimas bastantes para llenar un dedal. Así fué que, al oirla, para hacerla callar con una sorpresa, puso las manos sobre el jarro de la leche, y trocó la porcelana en oro finísimo.

Abrió entonces la Niña dulcemente la puerta y entró en la habitación enjugándose los ojos con el delantal.

– ¿Qué llanto es ese, hija mía?

La princesita, sin quitarse el delantal de los ojos, alargó su brazo, y enseñó una de las rosas transformadas por Midas.

– ¡Qué bonita!, ¿no es verdad?, exclamó Midas. ¿Y qué te ha hecho esa rosa para que llores tanto, hija mía?

– ¿No lo ves, papá?, que todas las flores del jardín se han secado y ya no huelen!

– ¡Bah! No llores por tan poco, le contestó Midas, avergonzado de ser la causa del apuro de su hija. Siéntate y almuerza, que de sobra encontrarás quien te cambie esa rosa tan amarilla y tan brillante, y que durará muchos años así como la ves, por otra de las que huelen y se marchitan en un día.

La princesita iba á contradecir al rey, pero era una niña muy bien criada y calló. Sentóse á la mesa sin hacer alto en la maravillosa transformación de la porcelana, y casi fué mejor, porque siempre se divertía en ver los chinos y las pagodas y los puentes y los pájaros de forma extraña que campeaban en sus flancos y que habían desaparecido completamente, y de seguro, al echarlos de menos, hubiera vuelto á su llanto, predispuesta como estaba con el chasco de las flores.

Sirvióse S. M. el café, y figúrense ustedes cuán grande no sería su sorpresa al tomar la primera cucharada y sentir que el líquido se le coagulaba entre el paladar y la lengua. Tanto es así, que no pudo contener una exclamación de terror.

– ¿Qué tienes, papá?, le preguntó la niña, mirándolo fijamente medio llorosa todavía.

– ¡Nada, hija, nada!, dijo Midas. Mira, no dejes enfriar la leche.

Se acercó entonces el plato del pescado frito y tocó la colita de un dentoncillo con el dedo. ¡Nueva sorpresa! El pescado se transformó á su contacto en una obra maestra de platería.

Midas se quedó absorto sin saber qué hacerse, porque verdaderamente el trance no era para menos.

– ¿Cómo voy á alimentarme?, dijo para sus adentros.

Nuevo ensayo. Tomó un pastelillo, y no bien le hubo partido con los dedos, empezó á amarillear, y dicho se está que se puso como el café y el pescado.

¿Saben ustedes que estaría divertido el buen señor con todo su poder y su riqueza, con la mesa cubierta de manjares sabrosísimos é imposibilitado de gustarlos siquiera?

Confundido, aterrado, el pobre rey dejóse caer sobre el respaldo de su asiento, cruzados los brazos é inclinada la frente.

Su hija, que era muy cariñosa, al reparar en la actitud del rey Midas, dejó las sopas, se quitó la servilleta, y fué á él con los bracitos extendidos, preguntándole con mucho interés si estaba malo.

– No, hija mía, respondió S M. dando un suspiro; pero no sé lo que va á ser de tu padre.

Y en verdad, señores, que difícilmente habréis oído hablar de una persona colocada en situación más crítica que la del rey Midas.

– ¡Cuánto más feliz que él no era el pobre trabajador, alimentándose de frutas y legumbres! ¡Qué sería de él si continuaba sin poder atravesar bocado! ¡Cuántos días resistiría su estómago á tan riguroso ayuno!

Turbaron de tal manera estas tristes reflexiones al rey Midas, que llegó á preguntarse si después de todo la opulencia es el único bien apetecido en este mundo, ó el apetecible siquiera. Pero esta idea se le borró bien pronto de la memoria, porque fascinado como estaba por el brillo del metal precioso, se hubiera negado redondamente todavía á renunciar á su privilegio por cosa tan mezquina y de tan poco momento como es un almuerzo. Y cuenta, señores, que esa cosa tan trivial, pero comible para él, no habría podido encontrarla en el caso presente, ni aun dando por ella más millones de monedas de oro que granos de arena tiene el mar.

Sin embargo, tal era su hambre y tan grande su inquietud que se echó á llorar de la manera más lastimosa. Lo cual visto por la niña, ya no pudo contenerse, y lo abrazó cariñosamente para consolarlo. Midas, al recibir las caricias de su hija, comprendió cuánto más valía aquel amor que todas las riquezas del mundo por él adquiridas, merced á la facultad sobrenatural que poseía.

– ¡Hija de mi alma!, exclamó estrechándola en sus brazos.

Pero Mariquita ya no pudo contestar á esta caricia paternal, porque al contacto del rey Midas, quedó sin vida, transformada en una estatua de oro, y como al verificarse en ella esta revolución no perdió un átomo de su belleza encantadora, conservando su rostro la misma dulzura y sus ropas los mismos pliegues y suaves ondulaciones que antes tenían, puede bien decirse que la niña, gracias á su papá, era una obra digna del cincel de Fidias y que valía lo que

LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA, bajo relieve en mármol, de D. Mariano Benlliure

pesaba y mucho más.

Inútil es decir á ustedes cómo se quedaría S. M. ante aquel horrible espectáculo. Se retorcía las manos, daba gritos descompasados, se arrancaba los cabellos, corría por las habitaciones de palacio como un loco, y llamaba al genio con toda la fuerza de su voz. El pobre hombre no podía soportar la vista de su hija ni tampoco dejar de mirarla.

Estando así se apareció el genio. Midas, sin proferir palabra, bajó la cabeza y cayó de rodillas en actitud suplicante. Había reconocido al mismo personaje misterioso de quien recibió en la cueva el funesto don de hacer oro.

– Ya estarás satisfecho, Midas, le dijo el genio sonriendo maliciosamente. ¿Qué tal?

Midas movió la cabeza.

– Soy el más miserable y desventurado de los nacidos, exclamó el rey.

– ¡Desventurado! ¡Miserable! No te comprendo. ¿No te he concedido cuanto apetecías para llamarte feliz?

– ¡Ay! El oro por sí solo no constituye la felicidad. Mira lo que he perdido, le dijo, señalando á su hija y llorando á lágrima viva.

– Veo que hoy estás más cuerdo que ayer. Vamos, di, ¿qué prefieres, ese don ó un vaso de agua fresca y cristalina?

– ¡El agua, el agua es una bendición del cielo!, exclamó Midas; pero yo no puedo beberla.

– ¿El don de hacer oro, continuó el genio, ó un pedazo de pan?

– ¡Un pedazo de pan vale más que todo el oro del mundo!

– ¿El don de hacer oro ó Mariquita como estaba hace una hora?

– ¡Mi hija, mi hija!, gritó el infeliz.

– Así me gusta, dijo el extranjero. Vamos, añadió, ¿estás perfectamente arrepentido de tus locas ambiciones y de tu avaricia desenfrenada?

En aquel momento vino á posarse una mosca en la punta de la nariz de S. M. y á su contacto cayó muerta al suelo, completamente metalizada. Midas se estremeció.

– Sí, sí, arrepentido de todo corazón, le respondió lleno de fervor.

Pues entonces, ve al jardín y báñate en el río que lo atraviesa; luego, trácte una copa de la misma agua, y con ella rocía todos aquellos objetos á los cuales



LAS HILANDERAS, cuadro de D. Maximino Peña. (Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes de Madrid.)



LA FERIA, cuadro de D. Joaquín Agrassot



PASATIEMPOS DE ORIENTE, cuadro de Ch. Daux, grabado por Baude. (Salón de París de 1891.)

quieras restituir su primitivo ser; pero te advierto que si no lo haces lleno de confianza y de fe, todo será inútil.

El monarca bajó la frente en señal de asentimiento y cuando la levantó ya no estaba allí el aparecido.

Midas corrió al jardín en seguida, entró de cabeza en el río, se zambulló más que un ganso, volvió á salir inmediatamente con un jarro lleno de agua en cada mano y no paró hasta llegar al pie de la estatua de su hija.

S. M. no se anduvo con melindres para administrarle la medicina, sino que, no bien hubo dejado uno de los jarros en el suelo, levantó el otro sobre la cabeza de la princesa, y así como quien bautiza, vertió su contenido hasta la última gota. La niña abrió al punto los ojos y comenzó á estornudar. El extranjero había cumplido su palabra, ó mejor dicho el arrepentimiento de Midas había sido sincero y muy grande su fe en las palabras de la visión.

Pasados los primeros transportes de alegría, S. M. tomó á Mariquita de la mano y se fué con ella al jardín donde, merced á algunos asperjes, hizo recuperar á las flores su aroma y sus matices, y así de lo demás.

Dos cosas, sin embargo, recordaron á Midas, mientras vivió, aquel don que tan funestas consecuencias pudo traerle: las arenas del río donde se bañó, que desde aquel día brillaron como polvo de oro, y los cabellos rubios de su hija, en cuyo color antes nunca había reparado.

Midas llegó á ser muy viejo, y cuando allá en los últimos años de su larga carrera lo sacaban á tomar el sol las mañanas de invierno, decía á sus nietecitas pasándoles las manos temblorosas por la cabellera:

– Esta es la única cosa de color de oro que ven con gusto mis ojos.

TRADUCIDO POR M. JUDERIAS BÉNDER

NUESTROS GRABADOS

Los jugadores, cuadro de Fortuny. – Aunque poco partidarios de la indiscutibilidad que algunos pretenden para ciertas firmas en materia de arte, hemos de convenir en que la de Fortuny es de las pocas que si no justifican atenúan por lo menos la exageración de los que tal teoría sustentan. Ni de su escuela, que tantos queriéndola imitar han parodiado, ni de su genio artístico que le elevó al pináculo de la gloria, hemos de hablar en esta ocasión, pues en otras muchas nos hemos ocupado del malogrado pintor y de sus principales obras. La que hoy reproducimos, aunque no tan conocida como otras de Fortuny, merece un puesto de honor al lado de las más ensalzadas; la figura del jugador perdidoso contemplando con cierta mezcla de rabia y de envidia á sus dos compañeros entregados todavía al vicio que tanto le atrae, las de éstos que abocetadas y entre sombras se divisan en el fondo y el tono general del cuadro descubren, aun en el grabado, el espíritu de observación, el profundo estudio y la maestría del nunca bastante llorado artista catalán.

***

Ensueño, escultura de Elisa Bloch (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Si en todas las épocas y en todos los tiempos ha dado muestra la mujer de sus cualidades y aptitudes para cultivar todas las ramas del saber humano, preciso es convenir que las corrientes de progreso que informan nuestro siglo han contribuído poderosamente á su desenvolvimiento. Todas las naciones cuentan ya con número considerable de mujeres ilustres, que dan muestras de su ingenio, ya en las ciencias, las artes ó la literatura. Entre aquellas que honran á la vecina nación, distínguese Elisa Bloch, que entre otros honrosos títulos ostenta el de *Oficial de la Academia Francesa*. Nacida en Breslau (Silesia) pero residente en París desde temprana edad, recibió sólida y completa instrucción, teniendo por preceptor al sabio orientalista doctor Munck, á quien debió sus extensos conocimientos literarios y filológicos. Dedicada después al estudio de la escultura, por la que sentía verdadero entusiasmo, pronto dió muestras de sus aptitudes y excelentes cualidades, bajo la dirección del gran maestro Enrique Chapu. En 1878 expuso su primera obra, figurando ya en el Salón de 1880 una gran figura que tituló *Esperanza*. A esta siguió en 1884 *El frondista* y en 1886 *Virginius*, notable grupo en bronce, inspirado en una de las obras de Tito Livio, premiado en la Exposición Universal de 1889. Difícil sería enumerar el considerable número de obras que han modelado las delicadas manos de Elisa Bloch, á las que ha impreso el sello de su inteligencia y de su sentimiento Basta visitar su taller de la rue du Printemps, convertido en verdadero museo, para comprender su laboriosidad.

Ensueño titúlase el precioso busto que remitió á nuestra Exposición de Bellas Artes. Inspirado en la novela de Zola, titulada *Le Rêve*, sorprende por la delicadeza de su modelado y por ese algo que en su obra ha sabido imprimir la artista, que justifica tan perfectamente su título.

Moisés y la estatua de Juana de Arco que ha de erigirse en Epernay son sus últimas producciones. Ellas significan un nuevo triunfo, por el que felicitamos á la autora, rindiéndole en estas líneas un justo tributo de consideración.

***

Arquilla de oro y plata cincelada, construída por los Sres. Masriera Hermanos, de Barcelona. – Al igual de las demás creaciones industriales, ha debido la joyería seguir las evoluciones que han determinado el gusto, la época y las necesidades de la sociedad actual. No basta ya al platero ser un buen artífice; precisa del auxilio de la estética y poseer los vastos conocimientos del arte, ya que la moderna construcción utiliza la combinación de los ricos metales con las piedras preciosas, sujetándose en su forma á un estilo, ú obedeciendo á una escuela determinada, que produzca armonía por los tonos químicamente obtenidos, los esmaltes y el pulimento. De no escasa importancia son las dificultades que ofrece el arte de la joyería, aumentadas si cabe por la continua necesidad de ofrecer modelos que obtengan el privilegio de atraer á los numerosos partidarios de la fastuosidad y la ostentación.

Todas las naciones han realizado grandes progresos en la joyería, y plácenos consignar que España no ha descendido del nivel en que se hallaba colocada por sus tradiciones, siendo Barcelona, en cierto modo, el centro que informa el movimiento peninsular, ya que en ella existen los más importantes talleres y los más hábiles plateros. Distínguense entre todos ellos los hermanos Masriera, tan excelentes artistas como inteligentes artífices, ya que han demostrado por medio de sus obras cuán justificada es la fama de que gozan y cuánto puede esperarse de sus aptitudes artísticas. Todas las alhajas y piezas tienen, á modo de marca de fábrica, el sello característico que las distingue por su riqueza, elegancia y sencillez. En todas ellas se denuncia el gusto y el completo dominio de una industria, hoy no exenta de dificultades. Los Sres. Masriera, antes que joyeros, son distinguidos artistas, por cuyo motivo sus producciones se distinguen siempre por la belleza de sus líneas, por su forma y por las admirables combinaciones que saben obtener de los efectos de la tonalidad por medio del contraste que producen los relieves con el mate y el pulimento.

La arquilla que reproducimos es una de las obras más importantes que han construído los Sres. Masriera, tanto por su riqueza como por su carácter esencialmente artístico. Ejecutada con sujeción al diseño de D. José Masriera es una brillante manifestación del arte nacional, puesto que si por su estilo recuerda las bellísimas obras del Renacimiento, lo es también en el concepto moderno del renacimiento artístico de nuestra patria. Sobre una base de mármol cuatro leones de plata maciza sustentan la arquilla de plata y oro cincelada, cuyos motivos de decoración se avaloran por la inteligente combinación de los metales. Dos preciosos medallones de esmalte, imitación de Limoges, rodeados de un marco de perlas, representando las cuatro virtudes, ejecutados por D. Luis Masriera, decoran los dos lados de la arquilla, destacándose entre ellos las cifras, en brillantes, zafiros y rubíes, del Excmo. señor D. Manuel Planas y Casals, tan distinguido jurisconsulto como hombre público, á quien se ofreció tan valiosa joya por varios de sus amigos y correligionarios, según indica la leyenda que ostenta la cinta que cubre la artística tapa.

***

La Porciúncula, pintura de D. Manuel Domínguez y de D. Alejandro Ferrant. – La Porciúncula, pintura de D. Manuel Domínguez, en la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid. – A Manuel Domínguez, el autor del cuadro titulado *La muerte de Séneca*, y á Alejandro Ferrant, el autor del que reprenta *El entierro de San Sebastián*, ambos artistas de valía que figuran á la vanguardia de los que enaltecen con sus producciones el arte patrio, confióse la ejecución de las pinturas que en forma de colosal tríptico embellecen y decoran el fondo del ábside de la capilla mayor de San Francisco el Grande de Madrid, verdadero museo, ya que en aquel templo figuran obras de artistas de tal valía, que como Plasencia, Contreras, Molinelli, Jover, Rivera, Domínguez, Martínez Cubells, Plaza, Amérigo, Adeva, Vergaz, Elías Martín, Vallmitjana, Bellver, Suñol, Gandarias, Benlliure, Moltó, Muñoz Degrain, Moreno Carbonero, etc., significan ó representan el arte contemporáneo español.

Cuantiosas sumas destináronse al embellecimiento de la antigua iglesia, que hoy es sin disputa la primera de las que existen en la capital de la monarquía. Mármoles y bronces decoran la capilla mayor, y en el fondo destácanse las pinturas de Ferrant y Domínguez, que ocupan un espacio de diez metros de altura por catorce de ancho, representando tres escenas de la vida de San Francisco, el humilde penitente de Asís, que en todo tiempo ha servido de tema de inspiración. El cincel, la pluma y el pincel han trazado la leyenda en que la religión y la poesía se unen con igual belleza; faltaba en este con junto la glorificación de la pintura moderna, y preciso es convenir que pocos pudieran haberlo llevado á cabo tan cumplidamente como Ferrant y Domínguez.

El asunto general representado en el grandioso tríptico es *La concesión del Jubileo de la Porciúncula*, en los tres momentos del anuncio, de la concesión y de la confirmación pontificia. La pintura de la derecha es obra de Domínguez. En un lugar abrupto y cubierto de maleza, el santo en oración recibe por un ángel el aviso de que el Señor y su Divina Madre se hallan en la próxima ermita de Nuestra Señora de los Angeles ó de la Porciúncula. La figura del santo, medio postrado aún de hinojos, revela la confusión que la inesperada nueva le produce; en el cielo, que cubren las sombras de la noche, angélica visión de músicos teniendo instrumentos y agitando incensarios celebra la fausta nueva. La hora y el sentimiento de la escena, riqueza y elegancia de colorido, todo ello ha logrado reunir Domínguez en esta notable obra. Unido á Ferrant, han pintado el cuadro del centro, á Jesucristo y la Virgen, apareciéndose al santo en el interior de aquella ermita. El pobre cenobio inúndase de resplandores que envuelven la doble visión en luz celestial, y San Francisco humilla la cabeza en las gradas del altar al oir la voz del Señor. El contraste de la luz está perfectamente entendido, y la figura del santo, que se destaca por claro, es un alarde de dibujo De Ferrant es esta parte de la composición y la figura de Cristo, y obra de Domínguez la bellísima de la Virgen; siendo de admirar que la diferencia de estilo contribuye al embellecimiento del cuadro, que á pesar de ser una obra moderna, parece que se refleja en ella algo del fervor místico que distingue á las producciones de otras épocas ya pasadas.

***

La familia real de España, bajo relieve en mármol de D. Mariano Benlliure. – En la personalidad de Mariano Benlliure hállase representada la escuela escultórica moderna de nuestra patria, pues á tan alto ha logrado ascender el eximio escultor valenciano, que bien merece se le considere como el primer campeón, el portaestandante del arte nacional. A su esfuerzo, á su constante labor é indiscutibles cualidades debe la justa y merecida fama de que goza. Obligado en sus preciosos años á contribuir al sostenimiento de su familia, sólo á costa de afanes y de continuo estudio logró Benlliure adelantar en la difícil profesión que emprendiera, siendo por lo tanto sus triunfos verdaderas victorias logradas por el genio. *La cogida de un picador*, que fué la primera obra que figuró en una Exposición, la Nacional de 1876, fué ya una revelación. A esta siguieron las tituladas *¡Al agua!*, la estatua del pintor Ribera, la de Doña Bárbara de Braganza, el picaresco *Monaguillo*, que tanto llamó la atención en la Exposición de 1884, y las soberbias figuras alegóricas la *Marina* y el *Ferrocarril*, que en unión de la magnífica estatua de don Diego López de Haro figuraron en la Exposición de 1890, y que aparte de la recompensa otorgada por el Jurado, valieron al artista la honrosa distinción de la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Como demostración de reconocimiento á la Reina Regente, que galardonaba al artista, ofreció Benlliure á la ilustre señora una obra magistral, en la que no sólo se hallen de manifiesto sus relevantes cualidades como escultor, sí que también su delicadeza de sentimientos: encerrado en un primoroso marco de bronce, un bajo relieve en el que delicadamente se destacan con admirable parecido los bustos de la Reina, de su hijo D. Alfonso XIII, de la princesita de Asturias y de la infanta María Teresa. Pálido creemos que sería cuanto intentáramos consignar acerca de la ejecución de esta obra, en la que Benlliure ha logrado dar muestra de á cuánto alcanza, por cuyo motivo nos limitaremos á unir nuestro aplauso á los que ya se le han tributado y á rendirle en estas líneas un testimonio de nuestra consideración.

***

Las hilanderas, cuadro de D. Maximino Peña. (Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes de Madrid). – Discípulo del malogrado Plasencia, dióse pronto á conocer por las cualidades que revelaban sus obras, obteniendo su primer triunfo en la Exposición de Bellas Artes que celebró la Asociación de Escultores y Artistas. Pensionado después en Roma por la Diputación Provincial de Soria, su país natal, continuó produciendo obras de mayor importancia, que como el lienzo titulado *Carta del hijo ausente*, obtuvo merecida recompensa en la Exposición general de Bellas Artes de 1887.

En la que en mayo último celebró el Círculo de Bellas Artes de Madrid presentó cuatro lienzos, *Al amor de la lumbre*, una *Cabeza de niña*, *Con la excusa del cigarro* y *Las hilanderas*, que reproducimos, dando en ellos muestra, especialmente en el último, de sus recomendables cualidades, ya que en todos se observa corrección en el trazo y sobriedad en el colorido.

Maximino Peña es uno de los discípulos que más honran á Plasencia y uno de los artistas que pueden lograr envidiable reputación, si continúa por la senda emprendida.

***

La feria, cuadro de D. Joaquín Agrassot. – Es Agrassot uno de los pintores que honran á España y á Valencia, en donde reside desde hace algunos años, confundiendo en una sola las simpatías que siente por la ciudad del Cid y por Alicante, su ciudad natal. Su nombre evoca el recuerdo de alguno de sus lienzos notables, que como el titulado *Las dos amigas* figura entre los que encierra el Museo del Prado. Al igual de otros pintores que tanto han enaltecido el arte español, ganó fama y crédito durante el período de su pensionado en Roma, y sus cuadros proporcionáronle la consideración que merecía por su relevante mérito. A su regreso de la ciudad eterna dedicóse á la pintura mural, trocando, por último, sus brillantes ensayos en este género por sus preciosos cuadros de costumbres, justamente apreciados por su buen colorido, estilo y precisión, trasunto fiel de ese conjunto de luz y de tonos, que caracterizan los lienzos genuinamente españoles.

La feria es una de las más bellas producciones de Agrassot, verdadero cuadro de costumbres valencianas, brillante por sus derroches de luz y colorido, en el que se hallan admirablemente trazados los tipos y bien combinados los tonos, trajes y pormenores, observándose luego la seguridad en la ejecución y la maestría del artista.

Valencia puede envanecerse de contar á Agrassot en el número de sus preclaros artistas.

***

Pasatiempos de Oriente, cuadro de Ch. Daux, grabado por Baude. – Conocidos son los juegos, entretenidos unos, peligrosos otros y pintorescos todos, á que se dedican los juglares orientales para producir sorpresa y admiración en el público que en calles y plazas se deleita contemplando sus habilidades no pocas veces extravagantes. Uno de estos juegos ó pasatiempos, la domesticación de pájaros, ha servido de pretexto al notable pintor francés Ch. Daux, para trazar en el lienzo una bellísima cuanto caprichosa figura de muchacha de Oriente, en cuya ejecución se observan desde luego notables bellezas de dibujo y se adivinan, gracias al primoroso grabado de Baude, los hermosos efectos de color que indudablemente constituyen la parte más saliente del cuadro.

***

La giganta Rosita, joven vienesa que actualmente se exhibe en Berlín (de una fotografía). – La ciencia ha pretendido, durante algún tiempo, que la estatura gigantesca era un privilegio poco menos que exclusivo del sexo masculino, pero algunos ejemplares aparecidos hace algunos años demuestran cuán errónea es esta opinión. Uno de ellos se exhibe actualmente en uno de los teatros de Berlín que se dedican especialmente á esta clase de espectáculos; la giganta Rosita mide 2 metros 46 centímetros de alto y pesa 350 libras y es de fijo una de las mujeres más altas y de más peso que hoy en día existen. Nació en marzo de 1865 en Viena; sus padres tienen establecida una industria en un arrabal de la capital austriaca, donde residen, mientras su hija se hace admirar por el público en su excursión *artística*. En el caso de la giganta Rosita no cabe invocar el principio de la herencia, puesto que la estatura de sus padres no excede de la media normal.



ABNEGACIÓN POR AMOR

POR A. HUNT. – ILUSTRACIONES DE H. MARGETSON

El día 4 de diciembre de 188... Roberto Fitzgerald se paseaba inquieto de un lado á otro de su habitación, en la calle de Dover, en Londres, muy preocupado al parecer, aunque la causa, según veremos, no era ninguna cuestión de vida ó muerte.

El día 5 del mismo mes del año anterior había solicitado la mano de una joven llamada Aretusa, á quien hacía largo tiempo amaba apasionadamente; pero ésta le contestó que no le correspondía lo bastante para aceptarle por esposo, y que tal vez no se casaría nunca.

Instada por Roberto á dar una explicación, confesó que dos años antes ella también había amado mucho á un joven, pero que no se la permitió unirse con él, ni siquiera verle después; que quizás su padre había obrado con prudencia al oponerse; pero que, á pesar del tiempo transcurrido, no podía olvidarle, por más que se esforzaba para ello, y que temía mucho amarle tanto como antes si regresaba á Inglaterra, de donde se había ausentado hacía algún tiempo.

– ¿Volverá?, preguntó Fitzgerald.

– Espero que no, repuso la joven; tal vez fuera para mí una desgracia su regreso Es posible que mi padre tuviese razón al decir que hubiéramos sido desgraciados.

– Pues entonces, replicó Fitzgerald, ¿por qué no me acepta usted, puesto que teme no ser feliz con su primer pretendiente? No es usted razonable.

– Con frecuencia dejo de serlo y no reflexiono, dijo Aretusa. Estoy persuadida de que fuera mucho mejor para mí el aceptarle por esposo, tanto más, cuanto que usted me inspira simpatías; pero también sé que si *él* volviera no podría menos de seguir amándole, y no procedería con lealtad si no lo confesase.

– Tal vez acabaría usted por preferirme...

– No digo lo contrario; es muy posible; pero... ¿y si no sucediera así?

– Si usted piensa en mí, ya tengo algo adelantado, y de todos modos, bastaría un poco de buena voluntad para corresponderme

– Muy bien; le autorizo para que de aquí á un año, á contar desde hoy, me solicite de nuevo; pero durante este tiempo, quisiera que no me hablase más sobre el particular, y yo por mi parte procuraré no ver á mi primer pretendiente, en el caso de que volviera.

– Es decir, repuso Fitzgerald, que si no obtengo la mano de usted será por culpa mía, ¿no es cierto?

– Tal debe usted creer.

Transcurrió cerca de un año, y en este tiempo, Fitzgerald vió muy á menudo á la hermosa Aretusa, de quien estaba cada vez más enamorado. Era tan feliz, que casi sentía que estuviese tan próximo el día 5, es decir, aquel en que la joven debía contestarle definitivamente, pues su negativa le obligaría á renunciar para siempre á la esperanza en que cifraba su felicidad. Entretanto, Fitzgerald había averiguado ya que Aretusa amaba antes á un tal Craster, agente del gobierno en Irlanda, donde se distinguió en otro tiempo por sus injusticias y arbitrariedades.

Ya sabemos ahora por qué Fitzgerald paseaba inquieto por su habitación. Luchando entre el temor y la esperanza, unas veces contaba como segura la victoria, y otras imaginábase que la mujer á quien tanto amaba le rechazaría de nuevo para siempre. Mientras se entregaba á sus reflexiones, un criado entró de improviso y presentóle una esquela, diciéndole que el portador esperaba la respuesta á la puerta de la calle. El sobre de la esquela estaba algo borroso; pero Fitzgerald reconoció la letra de Aretusa, y entonces abrió la misiva con mano temblorosa: tal vez la joven le aconsejaba el olvido de su amor, rogándole que la dispensase de la entrevista del día siguiente, que debía ser dolorosa para ambos. Pero en vez de esto, leyó lo siguiente:

«Acabo de saber una cosa que me aflige y disgusta mucho, y á nadie puedo pedir auxilio más que á usted. Estoy esperando á la puerta de su casa, y sola. Necesito decirle dos palabras. – *Aretusa.*»

¡Cómo, la joven á la puerta de la casa, y sola! ¡Ella, que no había salido nunca sin ir bien acompañada! Fitzgerald franqueó la escalera en dos saltos, y aunque el agua caía á torrentes y era escasa la luz en la calle por ser la hora de encender los faroles, al punto vió un coche parado y una cabeza que sobresalía de la ventanilla En el momento de acercarse, la portezuela se abrió de pronto, y Aretusa le dijo con voz breve:

– Entre usted un momento, pues me urge decirle dos palabras; voy á casa, porque temo que se descubra mi escapatoria, pero me bastan cinco minutos para manifestarle el objeto de mi venida. No le haré perder tiempo...

– Poco importa mi tiempo; lo esencial es saber en qué puedo serla útil.

– Pues voy á decírselo. ¡Oh! ¡Soy muy desgraciada!, exclamó la joven, que estaba pálida y temblorosa.

– ¡Por Dios, dígame usted qué pasa; ya sabe que puede contar conmigo, aunque se trate de exponer mi vida!

– Ya lo sé, contestó Aretusa; y por eso he venido.

Al decir esto sacó un diario del bolsillo y entrególo á su interlocutor, señalándole el farol del coche, á la vez que le indicaba con el dedo un párrafo de la primera columna.

– Lea usted, si puede, dijo; el diario es de esta tarde.

A la escasa luz del farol, Fitzgerald pudo leer á duras penas lo que sigue:

«El señor Craster, que había emprendido la marcha después de terminar satisfactoriamente su misión oficial en Burmah, llegará mañana á Inglaterra por la vía de América en el vapor *Platea*, y tal vez desembarque al mediodía »

Fitzgerald no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, revelándose en su semblante la desagradable y dolorosa impresión que le producía esta noticia.

– ¡Conque al fin vuelve!, murmuró en voz baja. No he olvidado, Aretusa, lo que usted me dijo que sucedería en el caso de que regresara.

– ¡Vamos!, replicó la joven, no pierda usted tiempo en hablar de cosas de que sería ocioso tratar ahora. Vengo á pedirle un favor, á rogarle que me preste un servicio que no podría solicitar de ninguna otra persona. Espero que no se niegue á ello, sea lo que fuere, y que me prometa no hablar á nadie ni una palabra sobre esta entrevista.

– Haré en obsequio de usted todo cuanto quiera, y nadie sabrá jamás que se ha dirigido á mí para pedirme favor alguno. Supongo, sin embargo, que no se tratará de un crimen.

Fitzgerald esperaba sin duda que la joven contestara con una sonrisa á estas últimas palabras; pero Aretusa, sin hacer aprecio de ellas aparentemente, prosiguió con gravedad:

– Necesito que avise usted á una persona; mas antes de indicarle quién, convendrá que conozca algunos antecedentes. Cuando mi padre leyó esta misma tarde el párrafo que usted acaba de ver, oíle exclamar: «Craster se aventura demasiado al regresar á Inglaterra, y yo apostaría cualquier cosa á que no llega vivo á Londres.» Yo estaba sentada en un sillón, donde no se me veía á causa de la obscuridad. Mi padre continuó diciendo á mi madre que no dudaba que una hora después de haberse anunciado el regreso de Craster, alguno iría á esperarle cerca del vapor para seguirle y buscar ocasión favorable de darle muerte. «Lo creo muy posible,» contestó mi madre con indiferencia, como si esto no la importase nada. «Es casi seguro, repuso mi padre, y Craster no debe ignorarlo, pues su posición oficial le permite estar al corriente de tales cosas; tal vez sospeche también quién es el que tratará de dar el golpe.»

– Pero aunque esta horrible suposición sea fundada, repuso Fitzgerald, ¿qué puedo hacer yo, adorada Aretusa?

– Puede usted ir á Liverpool esta noche, y pasar mañana á primera hora á bordo del *Platea*, donde manifestará á Craster lo que mi padre ha dicho, palabra por palabra, rogándole que salga del país. Le sería fácil hacerlo, pero rehusará, lo sé muy bien, y en este caso será preciso que usted permanezca en su compañía y vele sobre él durante el viaje en dirección á la ciudad Reconozco que le pido mucho, mas espero que lo haga por amor á mí.

– Lo haré, contestó Fitzgerald con expresión resignada; haré eso y mucho más en favor de usted; pero seguramente le desagradará á Craster que yo intervenga en sus asuntos y espíe sus movimientos. No dudo que se resentirá de ello.

– Pues sufra usted su resentimiento. ¿Me lo promete así?

– Se lo prometo; pero él no tolerará que yo siga sus pasos.

– Hágalo usted, quiera ó no quiera, y en último extremo, si fuere necesario apelar á este recurso, dígale que yo le envío á usted; que he oído esas palabras de boca de mi padre; y como ya conoce su carácter, comprenderá el peligro que le amenaza.

Fitzgerald iba á replicar que si decía que iba en nombre de Aretusa, Craster sabría que era amado aún; pero se contuvo. ¿Por qué no había de revelárselo, y no prestaría su auxilio á la joven que amaba si de ello dependía su felicidad?

Este rasgo de abnegación sería una prueba más de su apasionado cariño.

– Saldré en el tren de las siete, dijo, y haré cuanto sea posible para atenerme á las instrucciones que usted me da Son ya más de las seis, y solamente me queda tiempo para recoger algunas cosas y marchar.

– ¿Me promete usted no arrepentirse de lo que me ha ofrecido?

– Doy mi palabra de caballero, contestó Fitzgerald con acento solemne; y aunque Craster trate de alejarme, le seguiré.

– Le agradezco en el alma su bondad, dijo Aretusa ofreciendo su mano á Fitzgerald, tanto más, cuanto que creo que pocos hombres me hubieran prestado semejante servicio hallándose en el caso de usted.

Con esto terminó el diálogo; Fitzgerald se despidió de Aretusa; tomó otro coche al paso para volver á su casa, arregló su maleta apenas llegó, y sin detenerse en comer marchó á la estación. ¡De qué manera tan diferente había pensado pasar el día 5 de diciembre!

El padre de Aretusa había dicho, según le manifestó ésta, que probablemente algún mal hombre iría

también á Liverpool por el primer tren para acechar la llegada de Craster; y en su consecuencia Fitzgerald resolvió examinar bien todos los pasajeros, para ver si alguno le infundía sospechas. Sin embargo, nadie le llamó la atención, y por otra parte, no podía fiarse de las apariencias, muy á menudo engañosas; pero la verdad es que no vió una sola persona á quien juzgase capaz de cometer un crimen.

Apenas llegado á Liverpool, Fitzgerald se convenció más y más de que haría un papel ridículo; su misión era del todo absurda, pues si trataba de cumplir su promesa, Craster se reiría de él, si no le increpaba duramente por su oficiosidad.

Fitzgerald se persuadió de que cometía una locura cuando se trasladó á bordo del vapor *Platea*, y llamóle la atención que en el bote fueran los mismos cuatro individuos que iban en el coche en que él se instaló á su salida de Londres, uno de los cuales se distinguía por su elevada estatura y su cabello muy rubio.

A petición de Fitzgerald, señaláronle en un grupo de viajeros al Sr. Craster: era lo que suele llamarse en general un buen mozo, de arrogante presencia y facciones regulares, que hubieran sido simpáticas sin la marcada expresión altanera que se revelaba en los ojos. Por lo demás vestía con elegancia y tenía todo el aspecto de un caballero.

En aquel instante no era fácil llegar hasta él, porque se hallaba rodeado de varias personas y había mucho movimiento en la cubierta del vapor; mas al fin quedó solo, y entonces Fitzgerald se acercó y díjole que deseaba hablarle dos palabras.

– ¿A mí?, preguntó Craster, fijando en su interlocutor una mirada recelosa. No tengo el gusto de conocer á usted.

– Soy portador de un mensaje, añadió Fitzgerald.

– No espero mensaje alguno, repuso Craster, haciendo ademán de volver la espalda.

– Es de la señorita Folet, murmuró Fitzgerald, comprendiendo que era preciso apelar al último recurso para ser escuchado.

Al oir esto Craster, hizo seña á su interlocutor para que le siguiera, y detúvose junto á la banda del buque.

– Veamos, dijo, qué mensaje trae usted de la señorita Folet.

Fitzgerald le habló entonces de los temores y de la ansiedad de Aretusa y de la causa á que se debían; pero muy pronto observó que sus palabras no producían otro efecto sino el de hacerse él mismo sospechoso á los ojos de su interlocutor.

– Veo que usted duda de mí, díjole; mas le aseguro bajo mi palabra de honor que se me ha recomendado eficazmente darle á usted este aviso, advirtiéndole al mismo tiempo que esté alerta.

– ¿Tiene usted algo más que decirme?, preguntó Craster con tono irónico.

– La señorita Folet me rogó que aconsejara á usted salir de Inglaterra inmediatamente.

– ¿Y si rehusara?, preguntó Craster con burlona sonrisa.

– Aretusa confiaba en que no se negaría usted á ello.

– Pero ¿y si me negase?

– Accediendo á sus vivas instancias, la prometí hacer cuanto estuviese en mi mano para velar por usted.

– Le agradezco mucho su buena voluntad, replicó Craster; mas no permitiré que pierda usted el tiempo para preservar una vida que no tiene valor alguno.

– Esté usted alerta, repuso Fitzgerald, sin hacer aprecio de la ironía con que le hablaba su interlocutor; la señorita Folet me dijo que las palabras de su padre eran muy significativas.

– ¡Oh! Ya lo sé, contestó Craster; pero si usted no se opone á ello, pongamos término á este enojoso diálogo.

Y encogiéndose de hombros, fué á confundirse entre los demás viajeros sin mirar siquiera á Fitzgerald, que muy descontento de sí atribuía á su propia torpeza el mal éxito de su misión.

Cuando Craster desembarcó, siguiólе sin perderle un momento de vista; y con extrañeza observó que el hombre alto y rubio iba cerca de él cuando Craster asomó la cabeza por la ventanilla del coche para decir al auriga que le condujese al hotel de la Emperatriz. El hombre alto tomó entonces al paso otro vehículo y dió á su conductor igual orden, mirando al mismo tiempo á su alrededor como si buscara á otra persona. A Fitzgerald le pareció esto muy singular, pues como él, el desconocido había pasado la noche anterior en el hotel Alejandra; y entonces comenzó á creer que los temores de Aretusa se justificaban.

Fitzgerald tomó á su vez un coche y ordenó que le condujesen al hotel de la Emperatriz, donde, apenas llegado, envió un hombre á buscar su maleta al de Alejandra y á pagar la cuenta.

– Al mismo tiempo, dijo el camarero al hombre que se iba, puede recoger la maleta del otro caballero.

Y como Fitzgerald había dado ya su nombre, el camarero añadió:

– Di que te den el equipaje de los Sres. Fitzgerald y Lawson.

– ¿Es ese Sr. Lawson alto y rubio?, preguntó Fitzgerald.

– Sí, señor, contestó el camarero.

– ¿Y sabe usted cuánto tiempo permanecerá aquí el Sr. Craster?

– Hasta la salida del cuarto tren.

Fitzgerald mandó que le sirvieran un abundante almuerzo, y entretúvose en hojear la guía de los ferrocarriles. El cuarto tren era mixto; de modo que Craster no debía ir á Londres. En su consecuencia se fué á la estación muy temprano y observó á todos los pasajeros que entraban, procurando disimularse en lo posible. Cinco minutos antes de las cuatro llegó Craster, y á pocos pasos detrás iba Lawson.

– Déme usted un billete de tercera clase para Lartington, dijo Craster al encargado de la taquilla.

Lawson se acercó á su vez y pidió lo mismo. Fitzgerald no sabía dónde se hallaba dicho punto; pero de todos modos, estaba resuelto á ir allí.

– ¡Al tren, señores!, gritó un empleado en la sala de espera.

Fitzgerald, sin hacer aprecio de la mirada de enojo de Craster, entró en el mismo coche detrás de él, y un momento después subió Lawson.

– ¿Adónde van ustedes, caballeros?, preguntó el conductor á la mitad del viaje.

– A Lartington, contestó Craster.

– A Lartington, dijeron los otros pasajeros que iban en el mismo coche.

– Veo que usted se dirige á Londres, dijo el conductor, examinando el billete de Fitzgerald.

– Sí, contestó, pero debo detenerme también en Lartington.

– Está bien, pero le advierto que debe cambiar el billete.

– Puesto que usted conoce esa localidad, dijo Lawson á Fitzgerald, le ruego que me indique el mejor hotel.

– Yo no he estado allí nunca, y por lo tanto no puedo hacerle la menor indicación, contestó Fitzgerald algo bruscamente.

– El de la Reina es el mejor, dijo un desconocido que acababa de entrar. Yo conozco muy bien Lartington.

– Pues entonces, dijo Craster, me tomaré la libertad de preguntarle si hay servicio de coches en la estación para los viajeros. Voy á Mouncey sin dar aviso, y por lo tanto nadie saldrá á esperarme.

– ¡Ah!, exclamó el desconocido; allí reside el coronel Baker. No, en Lartington no encontrará usted coches de alquiler; tal vez haya alguna tartana, pero es dudoso.

Fitzgerald, que estaba verdaderamente inquieto por la continua presencia de Lawson y que se proponía buscar una oportunidad para hablar con Craster sobre aquel hombre, apeóse el primero apenas llegaron á Lartington, y alquiló el único vehículo que allí había, volviendo después á recoger su equipaje. Al volver, vió lo que esperaba, es decir, á Craster buscando otro vehículo; pero Lawson había desaparecido.

– Me parece que he tomado el único carricoche que aquí había, dijo Fitzgerald, y siendo así, ruégole que acepte un asiento para ir á Mouncey.

– Gracias, contestó Craster con marcada frialdad, iré á pie.

– ¡Oh! No me desaire usted. Tal vez haya de andar mucho y no sea bueno el camino, replicó Fitzgerald.

– Le digo á usted que prefiero ir á pie, replicó Craster con tal acento de enojo, que llamó la atención de cuantos se hallaban allí.

– ¿Pero y el equipaje?, insistió Fitzgerald.

– Ya me lo enviarán, dijo Craster.

Y dando media vuelta, encaminóse rápidamente á la estación.

Fitzgerald salió de su vehículo y siguióle; mas apenas lo hubo observado Craster, detúvose de pronto con ademán resuelto.

– ¿Será forzoso, preguntó á Fitzgerald cuando estuvo cerca, decirle algo insultante para poner término á su persecución?

– Si quisiera usted escuchar tan sólo...

– ¡Pues no quiero!, repuso Craster; é insisto en poner término á este espionaje. Usted sabrá qué motivo tiene para hablar así; pero yo no creo que sea el que me indicó.

Al oir este altercado el jefe de la estación se acercó; pero en el mismo instante oyó que Fitzgerald decía á su interlocutor:

– Sírvase leer esta esquela, y así se convencerá tal vez de que le digo la verdad.

El temor de ver á Craster aventurarse por un camino solitario, donde seguramente Lawson le esperaba ya, indujo á Fitzgerald á servirse de la única prueba que podía presentar, es decir, de la carta de Aretusa.

Craster, acercándose á un farol, leyó la misiva, y sin duda debió quedar conmovido, pues la expresión de su fisonomía cambió.

– Veo, dijo, que esta esquela es efectivamente de la señorita Folet y que me ha dicho usted la verdad.

– Pues entonces, repuso Fitzgerald, hágame el favor de aceptar el asiento que le ofrezco hasta Mouncey. Desconfío mucho de ese hombre alto que ha viajado conmigo desde Londres, siguiéndole á usted por todas partes.

– No sé quién pueda ser, dijo Craster; pero de todos modos, aceptaré el ofrecimiento que usted me hace.

Estas últimas palabras fueron oídas por el jefe de la estación, que vió á Craster subir con evidente repugnancia al vehículo, y á Fitzgerald detenerse un momento después para preguntar si no había otro camino que condujese á Mouncey, sin duda porque temía el encuentro con Lawson.

– El camino recto es el mejor, dijo el jefe de la estación... y por más de un concepto, añadió en voz baja.

. . . .

Mientras que Fitzgerald tomaba un billete para Liverpool, la señora Folet hablaba animadamente con su esposo.

– Algernon, le decía, tendremos algún disgusto con Aretusa, pues hace poco la encontré en la escalera, al parecer muy meditabunda; y como la preguntase si pensaba en lo que debía decir al pobre Fitzgerald al día siguiente, me contestó que no le vería, y dirigióse á su cuarto para evitar nuevas preguntas. Yo la seguí, y quise que me explicase el sentido de sus palabras; pero antes de que me contestara, observé que tenía sobre el lecho el sombrero y el abrigo. «Tú has salido de casa, la dije. ¿Dime dónde has estado?» «No me obligue á contestar, replicó, pues no se lo diría á usted. No he hecho nada malo.» Cumpliendo con mi deber, insistí en que Aretusa me lo confesase todo, y ahora sé que salió de casa sola al obscurecer, que tomó un coche y se detuvo á la puerta de casa de Fitzgerald, enviándole recado para que bajase.

– ¡Eso ha hecho!, exclamó el Sr. Folet.

– Sí, y una joven que se atreve á tanto es capaz de cualquiera cosa. Yo me empeñé en saber lo que le había dicho; pero en vez de contestarme comenzó á llorar, y limitóse á decir que ya lo sabría más tarde. «Pues bien, repuse, al menos dime una sola cosa, dime si tu imperdonable visita á Fitzgerald tiene alguna relación con ese hombre odioso... con ese Craster á quien tanto aborrecemos. Si no respondes, supondré que no me engaño.» Aretusa permaneció silenciosa; preguntéla si conocía ya su llegada, y confesó que sí, mas no pude arrancarla una sola palabra más. Es evidente que Aretusa, al tener noticia del regreso de ese hombre, dejó de pensar en Fitzgerald, á quien ya comenzaba á querer un poco, y sin duda fué á verle para suplicar que no se presentara mañana á pedir de nuevo su mano, á fin de no ponerla en el caso de repetir su negativa, exponiéndola á nuestras recriminaciones.

– ¡Pobre Fitzgerald! Mucho temo que tengas razón en cuanto dices. Después de someterse á un año de prueba, y cuando solamente faltaba un día para que ese buen joven fuese feliz y se cumplieran nuestros deseos, hete aquí que el odioso Craster reaparece de nuevo.

– Ya lo sé, pero lo esencial ahora es pensar en nosotros mismos y no en Fitzgerald. No podríamos tolerar que un hombre tan aborrecido como Craster entrase á formar parte de nuestra familia, y por lo pronto urge alejar de aquí á nuestra hija, tanto más, cuanto que ahora llega su atrevimiento hasta el punto de salir de casa á hurtadillas y no contestar á lo que se la pregunta.

– Será necesario hacerla prometer bajo su palabra...

– No me fío de promesas; he conocido muchas jóvenes que después de hacerlas se perdieron, y en mi opinión...

La entrada de una tía de Aretusa interrumpió á la señora Folet.

– Hermana mía, dijo después de haber saludado; solamente permaneceré algunas horas en Londres, y vengo á preguntarte si quieres que me lleve la niña para tenerla un mes en el campo.

– La proposición no podía ser más oportuna, contestó el Sr. Folet.

– Sí, ha venido como de molde, añadió su mujer;

siete millas de distancia no es nada mientras se pueda disponer del telégrafo.

– Pues aceptamos, dijeron á la vez los dos cónyuges.

– Sí, pero ¿no se opondrá Aretusa?, observó el señor Folet.

– Será preciso que nos obedezca, repuso su mujer.

– No creo necesario que intervengan ustedes, replicó la tía, pues Aretusa desea también marchar.

– ¡Perfectamente!, exclamó el señor Folet; más vale así.

– ¿Y por qué deseará irse?, replicó su mujer, á quien estas palabras infundieron desconfianza. Me parece extraño.

– Según parece, le complacería disfrutar un poco de la tranquilidad del campo, repuso la tía.

Convenido el viaje, los señores Folet llamaron á su hija, hiciéronla prometer que no escribiría á Craster ni trataría de verle, en lo cual consintió la joven; y con esta condición se la permitió marchar al día siguiente con su tía para pasar un mes en el campo.

Esto sucedió el día 5 de diciembre, y el 6 los diarios publicaron numerosos detalles sobre la tentativa de asesinato contra el Sr. Craster, y la detención de Fitzgerald, á quien se acusaba de este delito.

La señora Folet telegrafió al punto á su hermana, diciéndole: «No dejes llegar ningún diario á manos de Aretusa. Mañana recibirás carta.»

Al otro día, en efecto, escribió lo siguiente:

«Querida hermana: Es preciso que Aretusa no sepa nada acerca del crimen á que ha dado lugar por la imprudente entrevista que solicitó de Fitzgerald para decirle que debía renunciar á su mano porque Graster había vuelto. No debe saber tampoco que éste se halla gravemente herido, pues tanto la ciega su pasión, que sería capaz de escapar para ir á cuidar á ese hombre, ó cometer alguna otra locura. ¡Qué suerte ha sido para mi hija librarse de Fitzgerald! Tenía éste tan buenas relaciones y envidiable posición y era tan bien recibido en todas partes, que no creímos necesario tomar informes acerca de él; mas veo que le hemos dispensado demasiada confianza, pues ahora resulta ser un asesino. ¡Quién lo hubiera dicho! Tanto sentimiento me causa su maldad como el haberme engañado respecto á su carácter.

»Mi esposo y yo convenimos en que nunca se demostró la culpabilidad de un hombre tan palpablemente como ahora en la persona de Fitzgerald. Enloquecido y furioso al ver defraudadas sus esperanzas al cabo de un año de espera, apenas Aterusa le dijo que debía renunciar á su mano, corre á Liverpool para tomar venganza. Ahora se sabe muy bien todo cuanto hizo durante las veinticuatro horas que mediaron desde que se despidió de mi hija hasta que disparó el tiro contra Craster; y como tú no lees ningún diario de importancia, voy á referírtelo.

»Fitzgerald durmió aquella noche en el hotel de Alejandra, trasladóse á la mañana siguiente á bordo del vapor, donde quiso trabar conocimiento con Craster; pero como éste le rechazara, siguióle al hotel de la Emperatriz y luego á la estación. Una vez aquí, instalóse en el mismo coche, y aunque había tomado billete para Londres, al ver que aquél en cuyo seguimiento iba dejaba en Lartington el tren, apeóse igualmente. El jefe de la estación oyó cómo Craster decía á Fitzgerald que estaba ya harto de su espionage; pero en vez de irse, el segundo trató de persuadir al primero á tomar asiento en un vehículo que acababa de alquilar. Craster rehusó con enojo, pero Fitzgerald le enseñó una carta que al parecer le hizo cambiar de idea; mas como si quisiera asegurar mejor el golpe, retrocedió para preguntar si no había ningún camino menos frecuentado que condujera á Mouncey. El jefe de la estación sospechó algo malo y no quiso informarle. No le faltaba razón para ello, puesto que un cuarto de hora después Craster caía herido de un balazo.

»Fitzgerald, que confiaba en hacer recaer las sospechas en otro hombre, no trató de huir, y fué detenido: había arrojado su revólver después de haber cometido el crimen, pero se encontró cerca del sitio. Importa mucho, hermana mía, que Aretusa no sepa que el hombre á quien ama está herido, porque esto sería para ella un golpe mortal.»

Fácil era evitar que Aretusa se enterase de nada, porque estaba enferma y no recibía diario alguno ni visita.

El día en que fué á buscar á Fitzgerald cogió un fuerte resfriado á consecuencia de la lluvia, después empeoró con el viaje y al día siguiente hubo de guardar cama.



Aretusa cogió un pedazo de papel para encender de nuevo el fuego

He aquí por qué, á pesar de hallarse solamente á veinte millas de Stafford, donde Craster estaba herido y Fitzgerald en una prisión, seguía tan ignorante del hecho como un habitante de los antípodas.

Sin embargo, llegó un día en que pudo sentarse junto á la chimenea. Sus tíos, que la dejaban sola algunas veces, habían ido á un pueblo distante doce millas para asistir á un bautizo; y Aretusa, distraída con la lectura de un libro, dejó apagar el fuego. Al notarlo cogió un pedazo de papel para encenderlo de nuevo, y al fijar en él la vista, palideció: acababa de leer los nombres de Craster y Fitzgerald en letras mayúsculas y la fea palabra *asesinato*.

. . . .

Tres horas después, Aretusa, debilitada aún, pero poseída de la mayor excitación, tropezó con un caballero al apearse del tren en Stafford, y al volver la cabeza para decir que la dispensase, vió que era su mismo padre.

– ¡Aretusa!, exclamó con el mayor asombro, aunque sin acento de enojo.

– ¡Padre! ¿Usted aquí?, dijo á su vez la joven retrocediendo un paso.

– Y tú, ¿qué haces en este sitio?

– ¡Oh! ¡No se enfade usted, padre! Sólo desde hace un momento sé lo que ha ocurrido. Vengo á verle.

El Sr. Folet se apresuró á conducir á su hija á un sitio más retirado, y su rostro expresó cierta satisfacción al ver que la seguía una mujer de edad respetable, manteniéndose á cierta distancia como para no oir lo que se decía.

– ¿Quién es esa mujer?, preguntó.

– Es el ama de gobierno de mi tía.

– ¿Conque no has venido sola?

– No, señor, eso no; pero deseaba verle cuanto antes, y el ama consintió en acompañarme.

– ¿Pero has perdido el juicio?

– No intente usted detenerme, porque es forzoso que yo le vea.

– Hija mía, comprendo que esto es un golpe terrible para ti, pero seguramente no le amas.

Aretusa vaciló en contestar, y miró alternativamente al ama de gobierno y á su padre.

– Pues debía usted saber, dijo al fin, que le amo.

– ¡Pobre niña!, murmuró el Sr. Folet.

– ¡Oh! Es preciso. Usted permanecerá á mi lado durante la entrevista y oirá cuanto voy á decirle.

– ¡Nada tienes que decirle, absolutamente nada! ¿De qué le hablarías?

– Debo pedirle perdón por haberle ocasionado esta desgracia... Todo ha sido por mi culpa.

– Mucho temo que esto último sea verdad; pero ya no hay remedio, y tratar ahora de consolarle sería inútil; lo único que conseguiríamos sería entristecerle más.

– ¡Consolarle! Quiero hacer más aún que esto; debo relevarle de una promesa.

– Supongo que será para renunciar á él, repuso el padre con expresión inquieta.

– De ningún modo, después de lo sucedido, si es que él me acepta.

– ¿Y me condenarías á la triste situación de tener por yerno á un hombre que nos haría desgraciados á todos? Deberías leer lo que de él dicen los diarios.

– Todo cuanto digan es injusto, y los que tales cosas escriben ignoran la verdad de los hechos. Tan pronto como yo le vea...

– ¡Verle tú! No consentiré de ningún modo que te pongas así en evidencia.

– ¡Padre, por Dios! Advierta usted que apenas me queda fuerza para cumplir con mi deber.

– Lo que tú debes hacer, repuso el Sr. Folet, es venir conmigo á la sala de espera para descansar un poco, y después tomaremos el primer tren. Llegados á casa, podrás hablar con tu madre.

– ¡Con mi madre! Bien sabe usted que jamás podemos entendernos, porque no quiere escuchar explicaciones.

– Vamos, hija mía, vamos á casa, y allí hablaremos los tres. Ya hemos discutido aquí lo suficiente para que todos los diarios hablen mañana de este encuentro.

– Padre, repuso Aretusa, tan pálida que llamó la atención de los que se detenían por curiosidad, y que ya comenzaban á formar grupos alrededor del padre y de la hija; padre, es preciso que yo le vea.

El aspecto de Aretusa inquietaba á su padre, y por eso accedió á conducirla al hotel donde se hallaba Craster. Proponíase acompañarla hasta la casa con el ama de gobierno, sin decir una palabra más; hacer entrar á su hija en una habitación, bajo el pretexto de que debía esperar allí hasta que se diese aviso á Craster de su llegada, y tratar entonces de persuadirla. Tomaron un coche en la misma estación, y el Sr. Folet dió las señas en voz muy baja al auriga, temeroso de que alguien le oyera.

– ¡Me ha engañado usted, padre mío!, exclamó con acento de amargura Aretusa al llegar al hotel. ¡Esto no es una prisión!

– ¡Claro es que no! Pero ¿á quién deseas ver?

– ¿A quién ha de ser sino á Fitzgerald?

– ¡Gran Dios! Yo creía que se trataba de Craster; y hubo un tiempo en que me hubiera agradado mucho oir lo que ahora dices.

– Seguramente le agradará también ahora.

– ¡Oh! Ahora tiene las manos manchadas de sangre.

– ¡No es verdad! Dé usted al cochero orden de conducirnos á la prisión, y se lo explicaré todo.

Aretusa refirió todos los detalles, demostrando así á su padre que Fitzgerald era inocente.

– Fué una estupidez dar semejante paso, dijo el señor Folet cuando se hubo enterado de todo. Fitzgerald podía haber hecho algo para proteger á Craster hasta Londres, pero aunque llegara en salvo hasta aquí, no por eso estaba fuera de peligro.

– Tal vez no; pero después de lo que le oí decir á usted, imaginé que si llegaba á la ciudad en salvo no tendría ya nada que temer. De todos modos, yo procedí así suponiendo que sus palabras se referían á un informe secreto y no podías oportar la idea de que el hombre á quien una vez amé fuera sacrificado sin levantar yo un dedo para salvarle.

– Como quiera que sea, insisto en que cometiste una locura, y por mi parte...

– Todos cometemos algún error en la vida, padre mío; y yo no me arrepentiré nunca de este, pues por él amo á Fitzgerald más que antes porque sin vacilar accedió á mi deseo, prefiriendo mi felicidad á la suya.

–Ya hemos llegado, dijo el padre, al ver que el coche se detenía; yo había venido á Stafford para ver al preso, y tengo un pase que nos permitirá llegar hasta él.

El señor Folet y su hija entraron en la prisión, y fueron conducidos á la celda que el preso ocupaba.

Fitzgerald se levantó de su asiento al oir que abrían la puerta y dejó escapar una exclamación de alegría cuando vió á sus visitantes.

– Vengo con mi hija, como usted ve, dijo el señor Folet al entrar, y por esto comprenderá...

– Sí, sí, interrumpió Fitzgerald; la presencia de ustedes aquí me basta para demostrarme que reconocen mi inocencia... y en cuanto á la señorita Folet, añadió, volviéndose hacia la joven, debe estar persuadida de que hice cuanto estuvo en mi mano para cumplir con sus instrucciones. No se me puede atribuir la culpa de que mis esfuerzos hayan resultado inútiles. Por fortuna, el herido se restablecerá muy pronto, según dicen.

–Sé muy bien todo lo que usted ha hecho, contestó Aretusa, y me alegro que el herido se halle en vías de curación; mas no porque me inspire el interés de otro tiempo, pues de hoy en adelante...

–¡Acabe usted!, exclamó Fitzgerald, fluctuando entre la duda y la esperanza; de hoy en adelante...

–Usted lo será todo para mí, añadió Aretusa, fijando en Fitzgerald una mirada de cariño y otra en su padre, como solicitando su aprobación.

El señor Folet estaba radiante de alegría; no esperaba un desenlace tan conforme con sus deseos.

Inútil parece añadir que la inocencia de Fitzgerald quedó palpablemente demostrada con pruebas irrecusables que no dejaban lugar á la duda; y sincerado del crimen que se le imputara, obtuvo la mano de Aretusa en justa recompensa de su abnegación.

Traducido por E. L. Verneuil.

SECCIÓN CIENTÍFICA

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTOS DE FUERZA CENTRÍFUGA

El experimento que vamos á describir tiene la ventaja de causar cierta emoción entre los especta-



Fig. 1. Experimento de fuerza centrífuga ejecutado con un plato y un aro de servilleta

dores y de ser al propio tiempo en extremo curioso desde el punto de vista mecánico.

Tómese un plato ordinario y colóquese en el centro del mismo un anillo de servilleta liso; por ejemplo, un anillo de marfil cortado en bocel ó de madera barnizada con laca, de quince milímetros de altura. Cójase el plato por los bordes en los extremos de un diámetro y arrójese al aire á fin de hacerle dar de esta manera una vuelta completa sobre sí mismo, como lo indica la fig. 1: el plato entonces caerá en las manos del que ejecute el experimento y el anillo permanecerá inmóvil y como clavado en el fondo del utensilio culinario. La rotación del plato se ha efectuado alrededor de un eje que pasa por sus bordes, siendo fácil comprender que en este movimiento el anillo de servilleta ha sido aplicado por la fuerza centrífuga contra el fondo del plato y le ha sido imposible escapar.

Una de las fases interesantes de este experimento es que se puede, á voluntad y avisando previamente á los espectadores, hacer que el anillo quede adherido al plato ó lanzarlo á lo lejos. Para esto último basta producir el movimiento de rotación del plato alrededor de un eje que pase muy cerca del fondo ó que esté fuera de éste: en tal caso, se ve inmediatamente que la fuerza centrífuga arranca el objeto del plano en que está colocado y lo proyecta contra la cara del operador ó contra los inofensivos espectadores del experimento.

Este sale muy bien con un plato sopero. Es evidente que en el plato puede ponerse un objeto cualquiera, un tapón de corcho, un pedazo de pan ó de cartón, un cuchillo, una llave, etc.: algunas personas especialmente hábiles ejecutan también experimentos poniendo en el plato algunos alimentos; basta para ello que el objeto colocado no resulte demasiado alto.

A propósito de fuerza centrífuga merece citarse el experimento que el profesor Van der Mensbrugghe ejecuta todos los años en su cátedra de física: al extremo de un bramante de 30 ó 40 centímetros de largo ata una cadena metálica de pequeños eslabones de una longitud total de 25 á 35 centímetros y cerrada en sí misma. Manteniendo el bramante vertical, imprímele un movimiento de rotación rápido y en el mismo sentido como si quisiera retorcerlo entre sus dedos (fig. 2): la cadena, en un principio, se abre (fig. 2 A), y aumentando el movimiento de rotación de aquél la materia pesada, ó sea la cadena, es rechazada cada vez más lejos y acaba por formar un círculo en un plano horizontal. En este movimiento el bramante describe una especie de superficie conoide deformada por la fuerza centrífuga.

Fig. 2. Cadena que forma un círculo horizontal al extremo de un bramante

La fig. 2 B da el aspecto exacto que el pequeño aparato ofrece á la vista durante la rotación.

Del mismo modo un mango de pluma fijado á un cordón por uno de sus extremos toma una posición casi horizontal.

(De *La Nature*)

***

NUEVO APARATO PARA VOLAR DE GUSTAVO TROUVÉ

La humanidad ha perseguido en todos tiempos la solución de algunos problemas favoritos, varios de los cuales han sido al fin abandonados por imposibles: de tales pueden calificarse los de la piedra filosofal, de la cuadratura del círculo y del movimiento continuo que, sin embargo, han sido fuente de muchos y admirables adelantos y descubrimientos en la química, en la geometría y en la mecánica. La ciencia tiene entre otras la inmensa ventaja de que aun persiguiendo fines absurdos, los estudios y trabajos que para lograrlos se verifican conducen indefectiblemente á la conquista de nuevos progresos.

En nuestros días son todavía muchos los que se ocupan en un problema acerca de cuya posible solución no se ha dicho aún la última palabra. Nos referimos al del aparato para volar, que hasta ahora no se ha resuelto práticamente, pero que quizá se resuelva cuando se disponga de motores de muchísimo menos peso que las máquinas actualmente conocidas.

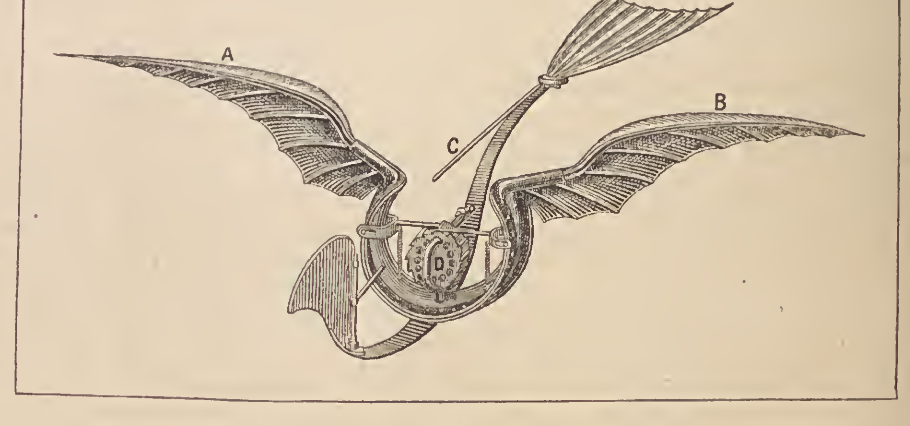
La comparación que se ha querido establecer entre los buques y los globos aerostáticos es de todo punto falsa, pues en estos últimos falta precisamente el punto de apoyo que aquéllos tienen en la masa de agua

Inspirado en esta idea, el investigador M. Gustavo Trouvé ha construído un motor originalísimo que aun cuando no resuelva el problema puede llegar á desempeñar un papel importante en la técnica, pues es tan sencillo, entran en él tan pocos elementos mecánicos, que de resultar práctico este motor se aproximaría mucho al bello ideal en materia de motores.

Para dar á nuestros lectores una idea del principio en que el aparato se funda, partiremos de la base del manómetro común: sabido es que éste consiste en un tubo en forma de herradura de metal elástico, cerrado en sus lados y de sección no horizontal, sino elíptica, con el eje principal de la elipse perpendicular al plano de la herradura. El tubo arqueado tendrá una forma determinada cuando por el agujero comunique con el aire exterior, y si se introduce con presión en él vapor, gas ó un líquido, la citada forma de herradura se modifica en el sentido de alejarse uno de otro los dos extremos del aparato, alejamiento que medido por una palanca denota la presión del vapor.

Trouvé utiliza este instrumento para elevar su motor: por medio del tubo arqueado en herradura une directamente dos grandes alas A y B, como lo representa el grabado, y produce en el interior del mismo diferencias de presión que varían rápidamente, con lo cual las alas se ponen en movimiento con una rapidez igual á la de aquellas diferencias. El mecanismo de las alas es de tal modo que éstas sólo encuentran la resistencia del aire en su movimiento descendente, con lo que se eleva el aparato al cual se imprime dirección por medio de una aleta caudal gobernada por una palanca C y de un timón situado en la parte de proa. Para obtener las diferencias de presión necesarias para el movimiento del tubo, se producen en el interior de éste, á intervalos determinados, explosiones de gas fulminante que en cantidad suficiente se lleva comprimido en un cilindro. En el modelo, esta instalación está sustituída por la cámara de revólver D que, movida por las mismas alas, hace explotar doce cartuchos de pólvora, cuyos gases penetran en el tubo del manómetro por el otro tubo que se ve en el aparato y cuyas paredes son muy resistentes.

El modelo puede, con esta carga de doce cartuchos, volar en sentido horizontal y con un peso de tres y medio kilogramos en una extensión de 75 á 80 metros, cayendo después al suelo lentamente gracias á sus alas y á su aleta caudal.



Nuevo aparato para volar de Gustavo Trouvé

(Del *Prometheus*)

LIBROS
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A y P. Gascón de Gotor.* – Los cuadernos 40 á 43, que son los últimamente publicados de esta interesantísima obra, contienen, además del excelente texto, ocho bellísimas fototipias que reproducen: la cúpula de la iglesia de San Miguel; una página de un códice árabe (año 806 de la hégira) de la notable colección de D. Pablo Gil y Gil; un Hércules de bronce, propiedad de la casa de Ran; un fragmento del artesonado de la sala de Santa Isabel del castillo de la Aljafería, existente en el Museo Provincial de Zaragoza; una puerta de la Mezquita del palacio de la Aljafería; un detalle del templete de los baños árabes; un detalle de la Torre Nueva y el torreón de la casa Torten.

En la cubierta del cuaderno 43 aparece una sentida y patriótica protesta de los autores de la obra contra el acuerdo, al parecer tomado, de demoler la Torre Nueva, ese hermoso monumento, que es orgullo de españoles y admiración de extranjeros.

Suscríbese á la obra, que se publica por cuadernos semanales al precio de una peseta uno, en casa de los autores, Contamina, 25, 3.º, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

PERSONAJES ILUSTRES. – HARTZENBUSCH, *por A. Fernández-Guerra.* – CÁNOVAS, *por D. Ramón de Campoamor.* – La colección de biografías de personajes ilustres que publican los Sres. Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, acaba de dar á luz las de D. Juan Eugenio Hartzenbusch y de don Antonio Cánovas del Castillo, escritas por los Sres. Fernández-Guerra y Campoamor respectivamente. Los nombres de los biografiados y de sus biógrafos es el mejor elogio de estos dos estudios que forman dos elegantes tomitos ilustrados con retratos y autógrafos.

Véndense al precio de una peseta cada tomo en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

***

NIETOS DE APOLO, humorada representable, *por D. Luis Cánovas.* – Es una ingeniosa composición poética en alabanza del eminente poeta D. Ramón de Campoamor. Apolo, acompañado de Cervantes, recorre la tierra española en busca de un poeta, y ya se dispone á volver al Parnaso sin haber logrado su objeto, cuando se le presentan personificadas en sus protagonistas las principales creaciones del autor de las Doloras: el dios reconoce á aquellos hijos de Campoamor como sus nietos predilectos. Este es el argumento de la humorada, cuya versificación se ajusta en los parlamentos de los diversos personajes al mismo metro y al mismo estilo en que habla cada uno de ellos en las composiciones del poeta.

Nietos de Apolo constituye un librito de interesante lectura que se vende al precio de 1'50 pesetas en las principales librerías.

***

LA ESTATUA Á D. EUSEBIO DA GUARDA. – En este folleto están reunidos todos los documentos referentes al monumento que el pueblo de la Coruña ha elevado á su preclaro hijo y generoso bienhechor: contiene también los discursos pronunciados en el acto de descubrirse la estatua y una vista del monumento.

***

BREVES INDICACIONES SOBRE EL CULTIVO DE LA CEPA AMERICANA, *por D. Luis M. Jordi.* – El autor de este folleto consigue plenamente llenar el objeto que, según sus propias palabras, se propuso al escribirlo, puesto que sus indicaciones son un guía de lo más necesario que deben tener en cuenta los viticultores que al cultivo de la cepa americana se dedican, expuesto en lenguaje claro, sencillo y compendiado y con todos los datos necesarios, así sobre las diferentes especies de cepas como sobre las distintas clases de tierras en que deben cultivarse.

Este folleto ha sido impreso en la tipografía de D. Mariano Alegret Colom, de Figueras.



LA GIGANTA ROSITA. (De una fotografía.)
Joven vienesa que actualmente se exhibe en uno de los teatros de Berlín.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN